



L. Trotsky



**El arte de la
insurrección
Problemas de
la Guerra Civil**

**Biblioteca Socialista
1992**

*El arte de la
insurrección*

*Problemas de
la Guerra Civil*

INDÍCE

<i>"El Arte de la Insurrección"</i>	4
<i>"Problemas de la Guerra Civil"</i>	19
<i>"Condiciones para la Victoria"</i>	38

EL ARTE DE LA INSURRECCION

Al igual que la guerra, la gente no hace por gusto las revoluciones. La diferencia consiste en que el papel decisivo en una guerra lo desempeña la compulsión; en las revoluciones, en cambio, no actúa la compulsión sino las circunstancias. Una revolución se produce cuando ya no queda otro camino. La insurrección se eleva por encima de la revolución como una cresta en la cadena montañosa de los acontecimientos, y no es posible provocarla arbitrariamente, ni más ni menos que la revolución en su conjunto. Las masas atacan y retroceden una y otra vez, antes de decidirse al asalto definitivo.

Es frecuente contraponer la conspiración a la insurrección, entendida aquélla como la empresa de una minoría, y ésta, como el movimiento elemental de la mayoría. En efecto: una insurrección victoriosa, que sólo puede ser la obra de una clase destinada a ponerse al frente de la nación, difiere profundamente, en su significado histórico y en sus métodos, del golpe de Estado emprendido por conspiradores a espaldas de las masas.

En toda sociedad dividida en clases las contradicciones son tan numerosas que siempre es posible aprovechar sus fisuras para urdir un complot. Así y todo, la experiencia histórica demuestra que también se requiere cierto grado de enfermedad social -como en España, en Portugal, en América del Sur- para que la política de las conspiraciones puede alimentarse constantemente. En estado puro, la conspiración, aún en caso de victoria, sólo reemplazará camarillas de la misma clase dirigente o, menos aún a unos gobernantes por otros. Pero nunca en la historia un régimen social ha triunfado sobre otro sino a través de una insurrección de las masas. Mientras los complots periódicos expresan casi siempre el marasmo y la descomposición de la sociedad, la insurrección popular, en cambio, resultará comúnmente de una rápida evolución anterior, que ha roto el viejo equilibrio de la nación. Las "revoluciones" crónicas, de las repúblicas sudamericanas nada tienen de común con la revolución permanente; en cierto sentido, constituyen su antítesis (¹).

Lo que acabamos de decir no significa de ningún modo que insurrección popular y conspiración se excluyan recíprocamente en todas las circunstancias. En mayor o menor grado, un elemento de conspiración entra casi siempre en todas las insurreccio

1- Las "revoluciones sudamericanas" a que se refiere Trotsky, son los "pronunciamientos" periódicos de algunos sectores de la burguesía militar, que suenan como producto superestructural de fricciones internas del capitalismo retrasado de esta zona, sujeto a las contradicciones de las explotaciones imperialistas.

Quedaba claramente expresada por Trotsky, la existencia del verdadero proceso revolucionario que afincado en las masas insurrectas abriría paso al socialismo en un proceso permanente e ininterrumpido, como ha quedado en evidencia con la Revolución Cubana y la instauración del primer Estado Obrero latinoamericano. (Nota del Editor)

nes. Etapa históricamente condicionada de la revolución, el levantamiento de las masas nunca es del todo elemental. Aunque estalle inopinadamente para la mayoría de sus participantes, siempre la habrán fecundado aquellas ideas en las que los insurrectos ven una salida para los dolores de la existencia. Pero una insurrección de las masas puede ser prevista y preparada. Se la puede organizar de antemano. En tal caso, el complot se subordina a la insurrección la sirve, facilita su marcha, acelera su victoria. Cuanto más elevado es el nivel político de un movimiento revolucionario, más seria es su dirección y más importante el lugar ocupado por la conspiración en la insurrección popular.

Es indispensable comprender exactamente la relación entre insurrección y conspiración, lo que las opone y lo que las complementa, tanto más cuanto que el término "conspiración" tiene un sentido contradictorio en la literatura marxista, ya sea que designe la empresa independiente de una minoría que asume la iniciativa, o la preparación por la minoría de un levantamiento mayoritario.

La historia prueba, es verdad, que en determinadas condiciones una insurrección popular puede vencer aún sin necesidad de complot. Al manifestarse con ímpetu "elemental" a través de una revuelta generalizada, en múltiples protestas, manifestaciones huelgas, choques callejeros, la insurrección puede arrastrar a un sector del ejército, paralizar las fuerzas del enemigo y derribar el antiguo poder. Hasta cierto límite, es lo que sucedió en Rusia en febrero de 1917. Un cuadro semejante presenta el desarrollo de las revoluciones alemana y austro-húngara durante el otoño de 1918. Como en uno y otro caso no figurasen a la cabeza de los insurgentes partidos profundamente compenetrados de los intereses y designios de la insurrección, la victoria de esta última debía transmitir el poder, inevitablemente, a aquellas fuerzas que hasta último momento se habían opuesto a su estallido.

Derribar el antiguo poder es una cosa, y otro distinta adueñarse de él. La burguesía, en una revolución, puede hacerse del poder no porque sea revolucionaria, sino porque es la burguesía: tiene la propiedad, la instrucción, la prensa, una red de apoyos, una jerarquía de instituciones. Muy distinto es el caso del proletariado: privado de privilegios sociales que no existen en su seno, el proletariado insurrecto sólo puede contar con su propio número, su cohesión, sus cuadros, su estado mayor.

Así como un herrero no puede tomar con sus manos desnudas hierro candente, tampoco el proletariado puede, con solo sus manos, adueñarse del poder: le es preciso una organización adecuada para dicha tarea. En la combinación de la insurrección de masas con la conspiración, en la subordinación del complot a la insurrección, en la organización de la insurrección a través de la conspiración, consiste aquel capítulo complejo y lleno de responsabilidades de la política revolucionaria que Marx y Engels denominaban "el arte de la insurrección". Ello supone una correcta dirección general de las masas, una orientación flexible ante las circunstancias cambiantes, un plan meditado de ofensiva, prudencia en los preparativos técnicos

y audacia en dar el golpe.

Los historiadores y políticos suelen denominar insurrección de las fuerzas elementales al movimiento de masas que, aglutinado por el odio común al antiguo régimen, carece de perspectivas claras, de métodos de lucha elaborados, de dirección que conduzca conscientemente a la victoria. Los historiadores oficiales, por lo menos los democráticos, se complacen en presentar esta insurrección de las fuerzas elementales como una calamidad inevitable cuya responsabilidad recae sobre el antiguo régimen. La verdadera razón de esta indulgencia es que las Insurrecciones de las fuerzas "elementales" no pueden trascender los marcos del régimen burgués.

También por este camino marcha la social democracia: no niega ella la revolución en general, en cuanto a catástrofe social, del mismo modo que no niega los terremotos, las erupciones volcánicas, los eclipses de sol o las epidemias de peste. Lo que si niega y tacha de "blanquismo" (2) o, peor aún, de bolcheviquismo, es la preparación consciente de la insurrección, el plan, la conspiración. En otros términos, la socialdemocracia está dispuesta a sancionar, aunque con atraso, los golpes de Estado que transmiten el poder a manos de la burguesía, pero condena sin contemplaciones los métodos indispensables para transmitir el poder al proletariado. Bajo una falsa objetividad, se agazapa una política de defensa de la sociedad capitalista.

De sus observaciones y reflexiones sobre el fracaso de numerosos levantamientos en los que participó o de los cuales fue testigo, Augusto Blanqui dedujo cierto número de reglas tácticas, sin las cuales la victoria de la insurrección es extremadamente difícil, si no imposible. Blanqui encarecía la organización con tiempo de destacamentos revolucionarios regulares, su dirección centralizada, un adecuado suministro de muchos cálculos previos y que había que defender sistemática, no episódicamente. Como es lógico, todas estas reglas, concernientes a los problemas militares de la insurrección, se modifican junto con las condiciones sociales y la técnica militar; pero de ningún modo hay que considerarlas "blanquismo", en el sentido que los alemanes dan al "put-chismo" o al "aventurismo" revolucionario.

La insurrección es un arte y, como cualquier arte, ella tiene sus leyes. Las reglas de Blanqui respondían a una visión realista de la guerra revolucionaria. El error de Blanqui no residía en el teorema directo sino en su recíproca. Del hecho de que la incapacidad táctica conducía la revolución al descalabro, Blanqui deducía que la observancia de las reglas referentes a la táctica insurreccional era capaz, por sí misma, de proporcionar la victoria. Sólo desde este punto es legítimo contraponer al blanquismo el marxismo. La conspiración no reemplaza la insurrección. Por mejor organizada que se encuentre, la minoría activa del proletariado no puede adueñarse del poder independientemente de la situación general del país. En esto, el blanquismo está condenado por la historia. Pero sólo en esto. El teorema directo

2- *Corriente revolucionaria basada en las teorías insurreccionalistas del francés Auguste Blanqui, participante en las revoluciones de 1830 y 1848.*(Nota del Editor)

Conserva toda su fuerza. Para conquistar el poder, no basta al proletariado un alzamiento de fuerzas elementales. Necesita la organización correspondiente, el plan, la Conspiración. Así es como Lenin plantea la cuestión.

La crítica de Engels, dirigida contra el fetichismo de la barricada, se apoya en la evolución de la técnica general y de la técnica militar. La táctica insurreccional del blanquismo respondía al carácter del viejo París, a su proletariado compuesto a medias de artesanos, a las calles estrechas y al sistema militar de Luis Felipe. En principio, el error del blanquismo consistía en identificar la revolución con la insurrección. El error técnico del blanquismo era identificar la insurrección con la barricada. La crítica marxista se dirigió contra estos dos errores. De acuerdo con el blanquismo, en que la insurrección es un arte, Engels descubrió no sólo el lugar secundario de la insurrección en la revolución sino también el papel declinante de la barricada dentro de la insurrección. La crítica de Engels nada tenía de común con una renuncia a los métodos revolucionarios en beneficio del parlamentarismo puro, como pretendieron demostrarlo en su tiempo los filisteos de la socialdemocracia alemana, con el concurso de la censura de los Hohenzollem. Para Engels, el problema de las barricadas era, simplemente, el de uno de los elementos técnicos de la insurrección. Los reformistas, en cambio, de la negación del valor decisivo de la barricada, pretendían deducir la negación de la violencia revolucionaria en general. Es como si, razonándose sobre el papel probablemente menor de la trinchera en la próxima guerra, se sacase en conclusión que el militarismo desaparece.

La organización en base a la cual el proletariado puede no sólo derrocar el antiguo régimen, sino también sustituirlo, son los soviets. Lo que después fue el resultado de la experiencia histórica, hasta la insurrección de Octubre era un simple vaticinio teórico, cierto que fundado en el ensayo preliminar de 1905. Los soviets son los órganos que preparan a las masas para la insurrección, los órganos de la insurrección y, después de la victoria, los órganos de! poder.

Pero los soviets no resuelven por sí mismos la cuestión. Según sean su programa y su jefatura, así habrán de servir para diversos fines. Es el partido el que da a los soviets un programa. Estos últimos, cuya existencia es punto menos que imposible fuera de las épocas revolucionarias, engloban al conjunto de la clase, excluidas sus capas más retrógradas, primitivas o desmoralizadas; el partido, en cambio, está a la cabeza de la clase.

El problema de la conquista del poder sólo puede resolverse mediante la combinación del partido con los soviets o con otras organizaciones de masas que de un modo u otro les equivalgan.

Cuando el soviet tiene a su cabeza un partido revolucionario, tenderá conscientemente y sin aguardar a que los acontecimientos se precipiten, hacia la toma del poder. Adaptándose a los cambios de la situación política y del estado de espíritu de las masas preparará los puntos de apoyo de la insurrección, ligará los destacamentos

de choque a un objetivo común y elaborará por anticipado el plan de la ofensiva y del último asalto, con lo cual, precisamente, la conspiración organizada se introduce en la insurrección de las masas.

Más de una vez los bolcheviques, mucho antes de la insurrección de Octubre, hubieron de refutar las acusaciones de sus adversarios, quienes les imputaban manejos conspirativos y blanquismo. Y, sin embargo, nadie ha combatido con mayor firmeza que Lenin el sistema de la pura conspiración. ¡Cuántas veces los oportunistas de la socialdemocracia internacional tomaron bajo su protección la vieja táctica socialista revolucionaria del terror individual contra los agentes del zarismo, resistiéndose a la crítica implacable de los bolcheviques, quienes oponían al individualismo aventurero de la intelligentsia, el camino de la insurrección de las masas! Pero al rechazar todas las variantes del blanquismo y del anarquismo, Lenin, ni por un minuto, se inclinaba ante la "sagrada" fuerza elemental de las masas. Antes, y con mayor profundidad que nadie, había meditado sobre la relación entre los factores objetivos y subjetivos de la revolución, entre el movimiento de las fuerzas elementales y la política del partido, entre las masas populares y la clase avanzada, entre el proletariado y su vanguardia, entre los soviets y el partido, entre la insurrección y la conspiración.

El hecho mismo de que no es posible provocar cuando se quiera un levantamiento y de que la victoria requiere organizar oportunamente la insurrección, enfrenta a la jefatura revolucionaria con el problema de formular un diagnóstico exacto de los acontecimientos: es preciso advertir a tiempo la insurrección que asciende, para poder completarla con una conspiración. Aunque mucho se haya abusado de la imagen, la intervención obstétrica en un parto sigue ilustrando de la manera más viva esta intromisión consciente dentro de un proceso elemental. Herzen acusaba a su amigo Bakunin de que en todas sus empresas revolucionarias confundía invariablemente el segundo mes del embarazo con el noveno. En cuanto a Herzen, se inclinaba más bien a negar el embarazo aún en el noveno mes. En febrero, casi no se planteó el problema de la fecha del alumbramiento, en la medida en que la insurrección había estallado "de manera imprevista", sin dirección centralizada, pero justamente por ello el poder no pasó a los protagonistas del alzamiento, sino a los que lo habían frenado. Caso muy distinto el de la nueva insurrección: fue preparada conscientemente por el partido bolchevique. Por este motivo, el estado mayor bolchevique tuvo que resolver el problema de elegir el momento para lanzar la ofensiva.

El término "momento" no ha de entenderse muy al pie de la letra, como un día o una hora determinados: aún en los alumbramientos, la naturaleza acuerda un margen considerable, cuyos límites no sólo interesan, a la obstetricia, sino también a la casuística del derecho de sucesión. Entre el momento en que la tentativa insurreccional, por ser irremediablemente prematura conduciría a un aborto revolucionario, y aquel otro en que la situación favorable se ha desvanecido sin remedio, transcurre una etapa de la revolución -puede medírsela en semanas,

cuando no en algunos meses- durante la cual el alzamiento tiene probabilidades más o menos serias de triunfo. Saber situar este período relativamente breve, y establecer inmediatamente un momento determinado, en el sentido del día y de la hora, para dar el último golpe, constituye la responsabilidad más grave de la dirección revolucionaria. Cumple considerarla el nudo del problema, puesto que vincula la política revolucionaria con la técnica de la insurrección: ¿habrá que recordar que la insurrección, lo mismo que la guerra, es la prolongación de la política, sólo que por otros medios?

Intuición y experiencia son indispensables en una dirección revolucionaria, como en cualquier otro dominio del arte creador. Pero ello no basta. También el arte del curandero puede reposar y no sin éxito sobre la intuición y la experiencia. Pero el curanderismo político sólo da resultados en épocas y en períodos en que predomina la rutina. Una época de grandes virajes históricos ya no tolera las hazañas de los curanderos. La experiencia no es suficiente entonces, ni siquiera cuando está inspirada por la intuición. Es preciso un método materialista que permita descubrir, tras las sombras chinescas de los programas y de las consignas, el movimiento real de los cuerpos de la Sociedad.

La premisa real de una revolución consiste en la incapacidad del régimen social existente para resolver los problemas fundamentales del desarrollo de un país. Pero ni aún así, la revolución será posible si entre los diversos componentes de la sociedad no aparece una nueva clase capaz de tomar las riendas de la nación para resolver los problemas planteados por la historia. Una revolución se abre camino cuando las tareas objetivas, producto de las contradicciones económicas y de clase, logran proyectarse en la conciencia de las masas humanas vivientes, la modifican y establecen una nueva relación política de fuerzas.

Por su incapacidad manifiesta "para librar al país del atolladero, las clases dirigentes pierden fe en sí mismas, los viejos partidos se descomponen, líbrase una lucha encarnizada entre grupos y camarillas, todas las esperanzas se depositan en un milagro o en un taumaturgo. Aquí reside una de las premisas políticas de la insurrección, fundamental, pero pasiva.

Por su parte, la nueva conciencia política de la clase revolucionaria, principal premisa táctica de la insurrección, se manifiesta en una colérica hostilidad hacia el orden constituido, y en la determinación de empeñar los esfuerzos más heroicos, de sufrir inmolaciones dolorosísimas para sacar al país del marasmo en que se debate.

Los dos campos protagónicos -el de los grandes propietarios y el de la clase obrera- no suman sin embargo, la totalidad de la nación. En medio están las amplias capas de la pequeña burguesía, recorriendo la gama del prisma económico y político. El descontento de las capas intermedias, su destitución ante la política de la clase dirigente, su impaciencia y su rebeldía, su inclinación a sostener la iniciativa audazmente revolucionaria del proletariado, constituyen el tercer requisito político

de la insurrección, pasivo en parte, ya que gracias a él se neutralizan las altas capas de la pequeña burguesía, pero también activo, en cuanto empuja a los sectores pobres a luchar directamente, codo con codo con los obreros.

Es evidente que estas premisas se condicionan las unas a las otras: cuanto más resolución y firmeza muestre el proletariado y mayores sean sus posibilidades de arrastrar a las capas intermedias, tanto más aislada se sentirá la clase dominante, mayor será su desmoralización política. Por su parte la descomposición de los sectores dirigentes lleva agua al molino de la clase revolucionaria.

El proletariado sólo puede adquirir esa confianza en su poderío, indispensable para lanzarse a la insurrección, cuando, descubre ante sus ojos una clara perspectiva, cuando tiene la posibilidad de verificar activamente una relación de fuerzas que evoluciona en favor suyo y cuando se sabe dirigido por una jefatura inteligente, firme y audaz. Esto nos conduce a la última condición, pero no la menos importante para la conquista del poder: el partido revolucionario, como vanguardia sólidamente unida y templada de la clase.

Una combinación favorable de condiciones históricas internas y exteriores permitió al proletariado ruso tener a su cabeza un partido revolucionario de temple y claridad política como jamás han existido.

Gracias a ello una clase joven y relativamente exigua, pudo cumplir una tarea histórica de gigantesca envergadura. En general, como lo demuestra la Comuna de París, las Revoluciones alemana y austríaca de 1918, los soviets de Hungría y de Baviera, la revolución italiana de 1919, la crisis alemana de 1923, la revolución china de los años 1925-1927 y la revolución española de 1931, el eslabón más débil en la cadena de las condiciones ha sido, hasta ahora, el del partido: lo más difícil para la clase obrera consiste en crear una dirección revolucionaria que esté a la altura de sus tareas históricas. En los países más viejos y más civilizados, hay fuerzas considerables que trabajan para debilitar y desintegrar la vanguardia revolucionaria. Buéna parte de esta tarea corresponde a la socialdemocracia y su lucha centra el "blanquismo", denominación bajo la cuál se engloba la esencia revolucionaria del pensamiento marxista.

Por muchas que hayan sido las crisis sociales y políticas, sólo una vez hasta el presente, en el octubre ruso de 1917, han coincidido todas las condiciones indispensables para una insurrección proletaria victoriosa y sólida. Ninguna situación revolucionaria es eterna. Entre todas las premisas de una insurrección, la más inestable se refiere al estado de ánimo de la pequeña burguesía. En los tiempos de crisis nacional, la pequeña burguesía sigue a la clase capaz de inspirarle confianza, no sólo por sus palabras, sino por sus hechos. Es capaz de impulsos y hasta de delirios revolucionarios, pero carece de resistencia, los fracasos la deprimen fácilmente y sus fogosas esperanzas pronto se cambian en desilusión. Son estas violentas y rápidas mutaciones de ánimo las que dan tanta inestabilidad a cada

situación revolucionaria. Si el partido proletario no es lo bastante resuelto como para cambiar a tiempo en acción revolucionaria la expectativa y la esperanza de las masas populares, la marea ascendente se invertirá en reflujos: las capas intermedias se apartan de la revolución y buscan soluciones en el campo opuesto. Así como en la marea ascendente, el proletariado arrastra tras de sí o de la pequeña burguesía, al producirse el reflujos, de él la pequeña burguesía consigue atraerse a capas importantes del proletariado. Tal es la dialéctica de las olas comunistas y fascistas en la política europea de post guerra.

Invocando el aforismo de Marx de que ningún régimen desaparece de la escena antes de haber agotado todas las posibilidades, los mencheviques declararon inadmisibles luchar por la dictadura del proletariado en un país como la atrasada Rusia, donde el capitalismo estaba muy lejos de haberse desgastado enteramente. Pero este razonamiento contenía dos errores, y ambos eran fatales. El capitalismo no es un sistema nacional sino mundial. La guerra imperialista y sus consecuencias prueban que el régimen capitalista se ha agotado en escala mundial. La revolución en Rusia significó la ruptura del eslabón más débil en el sistema del imperialismo mundial.

Pero la falsedad de la concepción menchevique también se revela desde el punto de vista nacional. Admitimos que, ateniéndonos a la abstracción económica, pueda afirmarse que el capitalismo aún no había agotado en Rusia todas sus posibilidades. Pero los procesos económicos no se producen en las esferas celestes, sino en un medio histórico concreto. El capitalismo no es una abstracción: es un sistema vivo de relaciones de clases que necesita, antes que nada, un poder estatal. Ni los mencheviques negaban que la monarquía, bajo cuya protección se había formado el capitalismo ruso, estaba al cabo de sus posibilidades históricas. La Revolución de Febrero intentó constituir un régimen estatal de carácter intermedio. Hemos seguido su historia paso a paso: ocho meses bastaron para agotarlo. En tales condiciones. ¿qué orden gubernativo podía garantizar el desarrollo ulterior del capitalismo ruso?

“La réplica burguesa, defendida únicamente por los socialistas de las tendencias moderadas, ya no tenía el apoyo de las masas... ni podía, por lo tanto, mantenerse. Su médula estaba corroída, y “sólo quedaba la cáscara”. Esta justa apreciación pertenece a Miliukov. Según el mismo autor, la suerte de ese sistema corroído no podía ser distinta que la ya soportada por la monarquía zarista: “Ambos regímenes habían preparado el terreno para la revolución y cuando ésta se produjo no encontraron a nadie que los defendiese”.

Miliukov caracteriza la situación de julio-agosto como de alternativa entre estos dos nombres: Kornilov y Lenin. Pero Kornilov ya había hecho su juego y cosechado el peor de los fracasos. De todas maneras, no había lugar en adelante para el régimen de Kerensky. Por diversos que los ánimos fuesen, Testimonia Sujanov, “existía un sentimiento unánime: el odio al kerenskismo”. Así como la monarquía zarista terminó volviéndose imposible para las mismas cumbres de la nobleza, incluidos los grandes

duques, el gobierno de Kerensky se hizo odioso hasta para los inspiradores más directos del régimen, para los "grandes duques" de las cúspides conciliadoras. En ese descontento general, en ese agudo malestar político de todas las clases, reside uno de los síntomas más importantes de una situación revolucionaria ya madura. No de otro modo, cada músculo, cada nervio, cada fibra del organismo llegan a una tensión insoportable cuando un grave absceso está a punto de abrirse.

Mientras prevenía a los obreros contra conflictos prematuros, la resolución del Congreso bolchevique de julio señalaba la necesidad de aceptar la batalla cuando la crisis de toda la nación y el profundo levantamiento de las masas establezcan las condiciones favorables para que los elementos pobres de las ciudades y de las campiñas pasen al bando de los obreros". Dicho momento llegó en setiembre-octubre.

En adelante, la insurrección podía confiar en el éxito, puesto que se apoyaría sobre una auténtica mayoría popular. Por descontado que esto no debe comprenderse formalmente. En la hipótesis de un referendun previo acerca de la insurrección, los resultados habrían sido inmensamente contradictorios y vacilantes. No es posible identificar la disposición íntima a apoyar el alzamiento con la conciencia anticipada acerca de su necesidad. Además, en gran medida, las respuestas dependerían del modo mismo de plantearse la pregunta, del órgano que dirigiese la encuesta o, para decirlo más sencillamente, de la clase que ocupara el poder.

Los métodos democráticos tienen sus límites. Puede interrogarse a todos los pasajeros de un tren sobre el tipo de vagón que más le conviene; pero no puede preguntárseles a todos si hace falta frenar en plena marcha un tren que corre al descarrilamiento. No obstante, si la operación de seguridad es certera y oportuna, podrá contarse a ciencia cierta con el visto bueno de los viajeros.

La consulta parlamentaria al pueblo se realiza al mismo tiempo en todas partes; sin embargo, en tiempos de revolución, las diversas capas populares llegan a las mismas conclusiones de una manera sucesiva, separadas entre sí por intervalos cortísimos a veces. Cuando la vanguardia arde de impaciencia revolucionaria, las capas atrasadas recién comienzan a despertar. En Petrogrado y en Moscú, todas las organizaciones de masas hallábanse bajo la dirección de los bolcheviques; en la provincia de Tambov, que con sus tres millones y pico de habitantes casi alcanzaba la cifra de las dos capitales sumadas, sólo en vísperas de la insurrección de Octubre surgió en el Soviet una fracción bolchevique.

Los silogismos del desarrollo objetivo jamás coinciden día por día con los silogismos de la reflexión de las masas. Y cuando los acontecimientos imponen con urgencia una importante determinación práctica, menos que nunca será posible recurrir a un referendun. La acción misma se encarga de ir igualando los distintos niveles y estados de espíritu de las capas populares: los elementos de vanguardia arrastran a los vacilantes y aíslan a quienes oponer resistencia. A la mayoría no se la recuenta,

se la conquista. La insurrección surge precisamente, cuando no se ve más salida que la acción directa para resolver las contradicciones.

Aunque incapaz de extraer por sí mismo las deducciones políticas emergentes de su guerra contra los propietarios nobles, el campesino, por el hecho mismo de su sublevación agraria, se unía de antemano a la insurrección de las ciudades, la conjuraba y la exigía. Expresaba su voluntad, no con la papeleta blanca, sino con "el gallo rojo" del incendio revolucionario: era un referendun más serio. El campesino otorgaba su apoyo, en los límites indispensables para establecer la dictadura soviética. "Esa dictadura -replicaba Lenin a los indecisos- dará la tierra a los campesinos y plenos poderes a los comités campesinos locales: ¿cómo dudar, a menos de volverse locos, que los campesinos apoyaran la dictadura?" Para que los soldados, los campesinos, las nacionalidades oprimidas, a la deriva en la tormenta de nieve de las papeletas electorales, conociesen a los bolcheviques en acción, era preciso que los bolcheviques tomasen el poder.

¿Qué relación de fuerzas debía existir, por lo tanto, para que el proletariado tomase el poder? "En un momento decisivo, sobre un punto decisivo, hay que reunir una aplastante superioridad de fuerzas, escribía Lenin más tarde, al explicar la insurrección de Octubre; esta ley de los triunfos militares es también la ley del éxito político, sobre todo en la encarnizada e hirviente guerra de clases que se denomina revolución. Las capitales y, en general, los grandes centros comerciales e industriales... deciden en arden medida los destinos políticos de] pueblo, siempre y cuando los centros cuenten con el necesario apoyo de las fuerzas locales, rurales, aunque este apoyo no llegue inmediatamente". Como se ve, Lenin interpreta dinámicamente el concepto de mayoría del pueblo, y éste es el único sentido real que puede asignársele.

Los adversarios demócratas se consolaban pensando que el pueblo que seguía a los bolcheviques era materia prima, arcilla moldeable de la historia: el molde serían los demócratas, en colaboración con los burgueses instruidos. "¿No comprende esa gente -preguntaba el órgano de los mencheviques- que nunca como ahora el proletariado y la guarnición de Retrogrado han estado más aislados de las demás capas sociales?" La desgracia del proletariado y de la guarnición consistía, justamente, en que se habían "aislado" de las clases a las cuales se disponían a arrebatarse el poder.

En realidad, ¿podía contarse seriamente con la simpatía y el apoyo de las masas ignorantes de la provincia y del frente? Su bolcheviquismo, escribe Sujanov con desprecio, "no es sino odio a la coalición y ansias de obtener la tierra y la paz". ¡Cómo si ello no bastara! El odio a la coalición significaba un esfuerzo por quitar el poder a la burguesía. El ansia de tierra y de paz era un programa inmenso que los campesinos y los soldados se disponían a llevar a cabo bajo la dirección, de los obreros. La nulidad de los demócratas, incluso de los que más a la izquierda se encontraban, procedía de una falta de confianza, propia de escépticos "instruidos",

ante esas masas oscuras que captan globalmente los fenómenos, sin entrar en pormenores ni matices. Semejante actitud intelectual, falsamente aristocrática, desdeñosa del pueblo, repugnaba al bolcheviquismo, ofendía a su naturaleza misma. Los bolcheviques no eran hombres de blancas palmas, amigos del pueblo, enfrascados en su gabinete, pedantes. No les tenían miedo a las capas atrasadas, que por primera vez emergían de sus profundidades. Los bolcheviques tomaban al pueblo tal como la historia lo había hecho, tal como estaba destinado a realizar la revolución. Los bolcheviques consideraban que su misión consistía en colocarse al frente de ese pueblo. Contra el levantamiento se pronunciaban "todos", si excluimos a los bolcheviques; pero los bolcheviques eran el pueblo.

La fuerza política esencial de la insurrección de Octubre residía en el proletariado, dentro del cual el primer lugar lo ocupaban los obreros de Petrogrado. En la vanguardia de la capital, por otra parte, hallábase el distrito de Vyborg. El plan de la insurrección había escogido ese barrio esencialmente proletario como punto de partida para el desarrollo de la ofensiva.

Los conciliadores de todas las tendencias, comenzando por Martov, esforzaronse, después de la insurrección, por presentar el bolcheviquismo como una tendencia de simples soldados. La social-democracia europea se apoderó gozosa de esta teoría. Era cerrar los ojos ante los hechos históricos fundamentales, a saber: que el proletariado había sido el primero en pasar al bando de los bolcheviques; que los obreros de Petrogrado señalaron el camino a los obreros de todo el país; que la guarnición y el frente continuaron, durante mucho tiempo sosteniendo a los conciliadores; que los socialistas revolucionarios y los mencheviques introdujeron en los soviets toda clase de privilegios para los soldados, en perjuicio de los obreros, lucharon contra el armamento de estos últimos, y excitaron a los soldados contra ellos; que sólo bajo la influencia de los obreros se produjo el cambio de espíritu en las tropas; que en el momento decisivo, la dirección de los soldados se encontró en manos de los obreros; por último, que un año más tarde, la social-democracia alemana, según el ejemplo de sus correligionarios rusos, se apoyó en los soldados en su lucha contra los obreros.

Hacia el otoño, los conciliadores de derecha habían perdido toda posibilidad de hablar en las fábricas y en los cuarteles. Pero los de izquierda aun se esforzaban por persuadir a las masas de que la insurrección era una locura. Martov, que al combatir la ofensiva de la contrarrevolución en julio, se había abierto un camino hacia la conciencia de las masas, retomaba ahora a una tarea sin esperanzas. "No esperemos -reconocía el 14 de octubre, en la sesión del Comité ejecutivo central- que los bolcheviques se resuelvan a escucharnos". A pesar de ello, Martov se consideraba obligado a prevenir a "las masas". Pero las masas querían acción, no lecciones de moral. Aún si escuchaban con relativa paciencia a este "advertidor" tan conocido, reconoce Mstislasky, "continuaban pensando a su manera, exactamente como antes". Cuenta Sujanov cómo, bajo un cielo lluvioso, intentó convencer a los obreros de los talleres Putilov de que era posible arreglar el asunto sin insurrección.

Lo interrumpieron voces impacientes. Dejaronlo hablar durante dos o tres minutos, y otra vez las interrupciones. "Al cabo de varias tentativas, me fui. La cosa no marchaba y la llovizna nos mojaba cada vez más". Bajo ese cielo tan poco clemente de Octubre, los pobres demócratas de izquierda, según sus propias descripciones, tenían el aire de unos pollos mojados.

El leit motiv político de los adversarios "de izquierda" de la insurrección, incluidos algunos bolcheviques, consista en señalar la falta de combatividad de la base. "El estado de espíritu de los trabajadores y de las masas de soldados- escribían Zinoviev y Kamenev el 11 de octubre- ni siquiera se asemeja al que existía con anterioridad al 3 de julio". La afirmación no carecía enteramente de fundamento. La larga espera había producido cierto cansancio en el proletariado de Petrogrado. Hasta de los bolcheviques comenzaba a desesperar: ¿también ellos acabarán decepcionándolos? El 16 de octubre, Rajia, uno de los bolcheviques más combativos de retrogrado, de origen finlandés, decía en la conferencia del Comité central: "Es evidente que ya empezamos a retrasarnos y que se duda de que hagamos lo que hemos llamado a hacer". Pero el cansancio de la espera, que parecía la situd, sólo duró hasta la primera señal de combate.

Atraerse las tropas es la primera tarea de toda insurrección. Ello se logra, principalmente, con la huelga general, las demostraciones de masas, los choques callejeros, los combates, de barricada. Lo que caracteriza a la insurrección de Octubre hasta un límite jamás alcanzado ni antes ni después, es que, por un concurso feliz de circunstancias, la vanguardia proletaria consiguió atraerse a la guarnición de la capital aún antes de que el levantamiento comenzara; e hizo más todavía, que fue consolidar organizadamente esa conquista mediante la Conferencia de la guarnición. No se comprenderá el mecanismo insurreccional de Octubre sin percibir con claridad que el problema más importante, el más reacto a un cálculo previo estaba esencialmente resuelto en Petrogrado antes de dispararse el primer tiro.

No por ello la insurrección, se hizo superfina. Aunque la aplastante mayoría de la guarnición estuviese junto a los obreros, había una minoría contra ellos, contra la insurrección, contra los bolcheviques. Esta pequeña minoría se componía de los elementos más caracterizados del ejército, los cuerpos de oficiales, los junkers, los batallones de choque, quizás también los cosacos. Imposible conquistarlos, políticamente: había que vencerlos. De este modo, en su último tramo, la insurrección que ha ingresado en la historia bajo el signo de Octubre, se presenta como un problema de carácter puramente militar. La solución la darían los fusiles, las bayonetas, la» ametralladoras y, quizá los cañones. El partido bolchevique puso manos a la obra.

¿Cuáles eran las fuerzas militares del conflicto que se preparaba? Boris Sokolov, que dirigía el trabajo militar del partido socialista revolucionario, relata que, en vísperas de la insurrección, con excepción de los bolcheviques, "todas las organizaciones partidarias en los regimientos se habían desintegrado y las circunstancias no

eran favorables para formar otras nuevas. La opinión de los soldados se inclinaba manifiestamente a los bolcheviques; pero era un bolcheviquismo pasivo, sin la menor tendencia a proceder activamente por las armas". Sokolov no se olvida de añadir: "Hubieran bastado uno o dos regimientos absolutamente fieles y capaces de combatir para tener en jaque a toda la guarnición". Decididamente, a todos, desde los generales de la monarquía hasta los intelectuales "socialistas", les faltaron "uno o dos regimientos" contra la revolución proletaria. Pero es cierto que la guarnición, aunque abrumadoramente hostil al gobierno, ni era capaz de batirse, ni se alineó junto a los bolcheviques. La causa reside en la ruptura definitiva entre la antigua estructura militar de las tropas y su nueva estructura política. La espina dorsal de una formación combativa de tropas la constituye su comando. Éste era hostil a los bolcheviques. Desde el punto de vista político, la espina dorsal de las tropas eran los bolcheviques. Pero estos últimos no sólo no sabían mandar, sino que, en la mayoría de los casos, tampoco sabían servirse de las armas. La masa de soldados no era homogénea. Como siempre, los elementos dinámicos, combativos, formaban una minoría. La mayoría de los soldados simpatizaba con los bolcheviques, votaba por ello, los elegía, pero no aguardaba de ellos una solución. Dentro de la tropa, los elementos hostiles al bolcheviquismo eran demasiado insignificantes como para atreverse a una iniciativa. La opinión política de la guarnición era así excepcionalmente favorable a una insurrección. Pero, desde el punto de vista combativo, era evidente que no podía esperarse mucho.

Hubiera sido, sin embargo erróneo no contar con ella en el cálculo de las operaciones militares. Diseminados en la masa más bien neutra, había miles de soldados dispuestos a combatir junto a la revolución. Esos hombres eran capaces de arrastrar a la lucha a sectores más o menos amplios de sus compañeros.

Diversos contingentes de composición más escogida, habían mantenido su disciplina y su aptitud para el combate. En todas las formaciones existían sólidos núcleos revolucionarios. De las cinco compañías del 6to. batallón de reserva, que contaba con unos 10.000 hombres, la primera logró siempre distinguirse; casi desde el comienzo de la revolución se la reputaba bolchevique, y en las Jornadas de Octubre hizo honor a su fama. El término medio de los regimientos de la guarnición ya no existían como tales: dislocado el mecanismo de los mandos, eran incapaces de un esfuerzo militar prolongado; pero, así y todo, constituían conglomerados de hombres armados, la mayoría de los cuales ya había tenido su bautismo de fuego. A todos los contingentes los ligaba un mismo y único espíritu: acabar lo antes posible con Kerensky, retornar a los hogares y emprender las reformas agrarias. De este modo la guarnición, completamente disgregada, estrechó filas nuevamente durante las Jornadas de Octubre para un impresionante estrépito de armas, antes de disolverse para siempre.

¿Qué valor tenían, como fuerza militar los obreros de Petrogrado? Este punto se relaciona con la Guardia roja. Ha llegado el momento de hablar especialmente de ella: las jornadas que se avecinan la verán ingresar en el ancho campo de la

historia.

La Guardia obrera, cuya tradición se remonta al año 1905 renace con la revolución de Febrero, para combatir las vicisitudes de esta última. Kornilov, que era entonces el comandante en jefe de la región militar de Petrogrado, afirmaba que durante las jornadas contra la monarquía, treinta mil revólveres y cuarenta mil fusiles se desvanecieron de los arsenales de la artillería. El desarme de la policía suministró al pueblo nuevas armas, que también las obtuvo de los regimientos simpatizantes. Cuando se exigió la restitución de todo este material de guerra, nadie se dió por enterado. Pero los obreros organizados sólo pudieron procurarse una parte muy pequeña del botín.

Durante los cuatro primeros meses, el problema de la insurrección no existió para los obreros. El régimen democrático de la dualidad de poderes abría a los bolcheviques la posibilidad de conquistar mayoría en los soviets. Las compañías (drujiny) obreras de franco-tiradores eran una de los elementos de la milicia democrática, si bien más en la forma que en el fondo. Un fusil en manos de un obrero significa un principio histórico bien diferente que ese mismo fusil en manos de un estudiante.

A las clases dominantes las inquietó desde un principio que los obreros dispusiesen de armas, ya que ello modificaba bruscamente la relación de fuerzas en las fábricas. En Petrogrado, donde el aparato del Estado, sostenido por el Comité ejecutivo central, poseía en los primeros tiempos una fuerza indiscutible, la milicia obrera no resultaba entonces demasiado amenazante. Pero en las regiones industriales de provincia el refuerzo de la guardia obrera implicaba la subversión de todas las relaciones, no sólo en el interior de la empresa sino bastante más allá de sus muros. Los obreros armados destituían, y hasta llegaban a arrestar a sus capataces e ingenieros. Por decisión de las asambleas de fábrica, era frecuente que los salarios de la guardia roja fuesen pagados con fondos de las empresas. En el Ural, con ricas tradiciones de lucha guerrillera en 1905, las compañías de franco-tiradores obreros imponían el orden bajo la dirección de antiguos militantes. Los obreros armados liquidaron, casi imperceptiblemente, el poder oficial, substituyéndolo con los organismos soviéticos. El sabotaje de propietarios y administradores imponía a los obreros la necesidad de proteger las empresas: máquinas, depósitos, reservas de carbón y de materias primas. Los papeles se invertían. El obrero empuñaba su fusil sólidamente para defender la fábrica, en la cual veía la fuente misma de su poder. De este modo los elementos de la dictadura obrera tomaban forma en las empresas y en los distritos, aún antes de que el proletariado como un todo lograra adueñarse del poder del Estado.

Los conciliadores, que, como siempre, reflejaban las aprehensiones de los propietarios, se opusieron con todas sus fuerzas al armamento de los obreros de la capital, que redujeron al mínimo. Según Minichev, todas las armas del distrito de Narva se reducían "a una quincena de fusiles y a algunos revólveres". En la ciudad, entre tanto, multiplicábanse los asaltos y los actos de violencia. De todas partes llegaban rumores alarmantes, anunciadores de nuevas conmociones. En vísperas de

la manifestación de Julio, se esperaba que el distrito fuese incendiado. Los obreros buscaban armas, golpeaban en todas las puertas y, a veces, las echaban abajo.

De la manifestación del 3 de julio, los obreros de Putilov volvieron con un trofeo: una ametralladora con cinco bandas de cartuchos. "Estábamos contentos como chicos", relata Minichev. Ciertas fábricas se encontraban mejor armadas. Según Lichkov, los obreros de la suya tenían ochenta fusiles y veinte revólveres de grueso calibre. ¡Una fortuna! El estado mayor de la Guardia Roja les suministró dos ametralladoras; una fue emplazada en el refectorio y la otra en el entretecho. "Nuestro jefe -cuenta Lichkov- era Kocherovky, y sus lugartenientes más cercanos, Tomchak, muerto por los guardias blancos durante las jomadas de Octubre en Zarskoie Selo, y Efimov, fusilado en Lamburg." Estas líneas parsimoniosas permiten echar un vistazo al laboratorio de las fábricas, donde se formaban los cuadros de la insurrección de Octubre y del futuro Ejército Rojo, donde se seleccionaban, se acostumbraban a mandar y se templaban los Tomchak, los Efimov, los cientos y miles de obreros anónimos que, tras conquistar el poder, lo defendieron intrépidamente contra el enemigo y sucumbieron en todos los campos de batalla.

LOS PROBLEMAS DE LA GUERRA CIVIL

(Conferencias dictadas en la Sociedad de Ciencias Militares de Moscú en julio de 1924)

Es un hecho que hasta aquí, nadie se ha cuidado de hacer el resumen de las enseñanzas que se desprenden de la experiencia de la guerra civil, de la nuestra como de la de otros países. Y, sin embargo, práctica e ideológicamente, un trabajo de este género responde a una necesidad imperiosa. A todo lo largo de la historia de la humanidad, la guerra civil ha desempeñado un papel particular. De 1871 a 1914, los reformistas se figuraban que para la Europa Occidental este papel había terminado. Pero la guerra imperialista puso la guerra civil nuevamente en el orden del día. Esto nosotros lo sabemos y lo comprendemos. Lo hemos incluido en nuestro programa. Sin embargo, carecemos casi completamente de una concepción científica de la guerra civil, de sus fases, de sus aspectos y de sus métodos. Constatamos grandes lagunas aún en la simple descripción de los acontecimientos que se han sucedido en este dominio en el curso de los diez últimos años. Me ha sido posible recientemente hacer notar que consagramos mucho tiempo y muchos esfuerzos al estudio de la Comuna de París, pero que descuidamos totalmente la lucha del proletariado alemán, rica, sin embargo, en experiencias de la guerra civil, y que ignoramos casi completamente las lecciones de la insurrección búlgara de septiembre de 1923. Pero, lo más sorprendente es que se considere correcto el hecho de que, desde hace bastante tiempo, se hayan relegado a los archivos las experiencias de la Revolución de Octubre. Hay en ella bastantes cosas de las que pueden sacar provecho inclusive los tácticos militares, pues no es dudoso que la próxima guerra, en una medida infinitamente más amplia que hasta ahora, se combinará con diversas formas de la guerra civil.

La preparación, la experiencia de la insurrección búlgara de septiembre de 1923 ofrecen igualmente un interés poderoso. Tenemos a nuestra disposición los medios necesarios, -puesto que numerosos camaradas búlgaros que han tomado parte en la insurrección residen actualmente en Rusia-, para entregarnos a un estudio serio de estos acontecimientos. Por otra parte es fácil formarse una idea de conjunto. El país que fué el teatro de la insurrección no es mayor que una provincia rusa. Y la organización de las fuerzas combatientes, las agrupaciones políticas, revisten allí un carácter gubernamental. Por otra parte, para los países (y son numerosos, la totalidad de los países de Oriente particularmente) donde la población campesina predomina, la experiencia de la insurrección búlgara tiene una importancia capital.

Pero, ¿en qué consiste nuestra tarea? ¿En redactar un manual para la conducción de las operaciones revolucionarias, una teoría de la revolución, o bien una reglamentación de la guerra civil? De todas maneras, en el primer plano de la obra que hemos de iniciar se tratará la insurrección en tanto fase suprema de la Revolución. Es

preciso reunir y coordinar los datos de la experiencia de la guerra civil, analizar las condiciones en las cuales ha tenido lugar, estudiar las faltas cometidas, poner en relieve las operaciones mejor logradas, sacar de allí las conclusiones necesarias. Realizando esto: ¿enriqueceremos la ciencia, es decir, el conocimiento de las leyes de la evolución histórica, o bien el arte militar revolucionario, tomado en tanto que conjunto de las reglas de acción sacadas de la experiencia? Según mi opinión, enriqueceremos la una y el otro. Pero, prácticamente, no tendremos en consideración sino el arte militar revolucionario.

Componer en cierta manera un "reglamento de la guerra civil" es una tarea complicada. En primer lugar es preciso trazar una característica de las condiciones para la toma del poder por el proletariado. Así, permaneceremos aún en el dominio de la política revolucionaria; pero la insurrección ¿no es, después de todo, la continuación de la política por otros medios? El análisis de las condiciones esenciales a la insurrección deberá ser adaptado a diferentes tipos de países. De un lado tenemos países donde el proletariado constituye la mayoría de la población, y de otro, países en los que el proletariado es una ínfima minoría dentro de la población campesina. Entre estos dos polos, se sitúan los países de un tipo intermedio. En consecuencia, debemos basarnos para nuestro estudio sobre tres tipos de países, industriales, agrarios e intermedios. Igualmente, en el capítulo de introducción consagrado a los postulados y condiciones revolucionarias necesarias para la toma del poder se describirán las características de las particularidades de cada uno de estos tipos de países, desde el punto de vista de la guerra civil.

Consideramos la insurrección de dos maneras: en primer lugar como una etapa determinada del proceso histórico, como una refracción de las leyes objetivas de la lucha de clases; luego desde un punto de vista objetivo y práctico, a saber: de qué manera preparar y ejecutar la insurrección para asegurar en mayor medida su éxito. La guerra nos ofrece a este respecto una analogía sorprendente. Pues ella es también el producto de determinadas condiciones históricas, el resultado de un conflicto de intereses. Al mismo tiempo la guerra es un arte. La teoría de la guerra es un estudio de las fuerzas y de los medios de los cuales se dispone, de su concentración y de su empleo en miras de la victoria. De la misma manera, la insurrección es un arte. En un sentido estrictamente práctico, es decir aproximándose en cierta medida a los reglamentos militares, se puede y se debe forjar una teoría de la insurrección.

Evidentemente, se chocará de inmediato con el menosprecio y las críticas de quienes no dejarán de decir que la idea de escribir el reglamento de la insurrección, con mayor razón que el de la guerra civil, es pura utopía burocrática. Es probable que se dirá aún que queremos militarizar la historia, que el proceso revolucionario no se reglamenta, que en cada país la revolución tiene sus particularidades, su originalidad, que en época de revolución, la situación se modifica a cada momento y que es quimérico querer fabricar una serie de planes para la conducción de las revoluciones o componer, a modo de un ayudante de cuartel, un amontonamiento de prescripciones intangibles e imponer su estricta observancia.

Si alguien pretendiese establecer algo de esta naturaleza, sería completamente ridículo. Pero, en el fondo, se puede decir otro tanto de nuestros reglamentos militares. Toda guerra se desarrolla en una situación y en condiciones que no se pueden prever por anticipado. Sin embargo, sin la ayuda de reglamentos que reúnan los datos de la experiencia militar, es pueril querer conducir un ejército, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. El viejo adagio: "No te aferres al reglamento como un ciego al muro" no disminuye de ninguna manera la importancia de los reglamentos militares, como la dialéctica no disminuye la importancia de la lógica formal o de las reglas de aritmética. Es indudable que en la guerra civil los elementos necesarios al establecimiento de planes, a la organización, a las disposiciones a tomar, son infinitamente más raros que en las guerras entre ejércitos "nacionales". En la guerra civil, la política se mezcla a las acciones militares más estrechamente, más íntimamente que en la guerra "nacional". Así, sería vano transportar los mismos métodos de un dominio a otro. Pero de esto no se desprende que esté prohibido apoyarse en la experiencia adquirida para de allí deducir los métodos, los procedimientos, las indicaciones, las directivas, las sugerencias que tengan una significación precisa y convertirlos en reglas generales susceptibles de tomar lugar en un reglamento de la guerra civil.

Bien entendido, dentro del número de estas reglas se mencionará la necesidad de subordinar estrictamente las acciones puramente militares a la línea política general, de tener rigurosamente en cuenta el conjunto de la situación y el estado de conciencia de las masas. En todos los casos, antes de tachar de utopía una obra de este género, es necesario decidir, después de un examen profundo de la cuestión, si existen reglas generales que condicionan o facilitan la victoria en período de guerra civil y en que consisten ellas. No es sino en el curso de un examen de este género que se podrá definir dónde terminan las indicaciones precisas, útiles, que disciplinan el trabajo a realizar y dónde comienza la fantasía burocrática.

Tratemos de abordar la revolución partiendo de este punto de vista. La fase suprema de la revolución es la insurrección, la cual decide la suerte del poder. La insurrección es siempre precedida de un período de organización y de preparación sobre la base de una campaña política determinada. En regla general, el momento de la insurrección es breve, mas, es un momento decisivo en el curso de la revolución. Si la victoria es conquistada, ella es seguida de un período que comprende la consolidación de la revolución por medio del aplastamiento de las últimas fuerzas enemigas y la organización del nuevo poder y de las fuerzas revolucionarias encargadas de su defensa. En estas condiciones la reglamentación de la guerra civil deberá componerse de tres capítulos por lo menos: la preparación de la insurrección, la insurrección y, en fin, el fortalecimiento de la victoria. Así, además de la introducción de principio que es la cuestión más alta para su caracterización, bajo la forma abreviada de reglas generales o bajo la forma de directivas, de postulados y condiciones revolucionarias, nuestro reglamento de la guerra civil deberá encerrar tres capítulos que engloben en el orden de su sucesión las tres principales etapas de la guerra civil. Tal será la arquitectura estratégica de la obra.

El problema estratégico que debemos resolver consiste precisamente en combinar lógicamente todas las fuerzas y medios revolucionarios con la finalidad de alcanzar el objetivo principal: la toma y la defensa del poder. Es evidente que cada aspecto de esta estrategia de la guerra civil plantea múltiples problemas particulares como la formación de centurias de fábrica, la organización de puestos de comando en las ciudades y en los ferracarriles y la preparación minuciosa de los medios de apoderarse en las ciudades de los puntos vitales. Estos problemas tácticos se desprenderán en nuestro reglamento de la guerra civil, los unos del segundo capítulo relativo a la insurrección, los otros del tercer capítulo que abrazará el período de aplastamiento del enemigo y el fortalecimiento del poder revolucionario.

Si adoptamos un plan de trabajo semejante, tendremos la posibilidad de abordar nuestra obra desde muchos aspectos a la vez. Así se encargará, un grupo de camaradas de determinadas cuestiones tácticas relacionadas con la guerra civil. Otros grupos establecerán el plan general de la introducción de principio y así sucesivamente. Al mismo tiempo será necesario examinar bajo el ángulo de la guerra civil, los materiales históricos que se tendrán reunidos, pues es evidente que nuestra intención no es forjar un reglamento que fuera un simple producto de la mente, sino un reglamento inspirado por la experiencia, aclarado y enriquecido de una parte por las teorías marxistas y, de otra parte, por los datos de la ciencia militar.

Se sabe que los reglamentos militares no tratan sino del método, en otros términos, no se dan sino direcciones generales sin apoyarlas en ejemplos precisos o explicaciones detalladas. ¿Podremos adoptar nosotros el mismo método para enunciar el reglamento de la guerra civil? No es muy seguro. Es posible que nos veamos obligados a citar, a título de ilustración, en el reglamento mismo o en un capítulo anexo, un cierto número de hechos históricos, o, por lo menos, a referirnos a ellos. Esta será tal vez una excelente manera de evitar un exceso de esquematismo.

LA INSURRECCION Y LA FIJACION DEL "MOMENTO"

¿De qué se trata? ¿De un reglamento de la guerra civil o de un reglamento de la insurrección? Yo pienso que si se adopta la palabra reglamento se trata, ante todo, de un reglamento de la guerra civil.

Ciertos camaradas, se dice, han elevado objeciones a este respecto y han dado la impresión de que confunden la guerra civil con la lucha de clases y la insurrección con la guerra civil. La verdad es que la guerra civil constituye una etapa determinada de la lucha de clases, cuando ésta, rompiendo los cuadros de la legalidad, viene a colocarse en un plano de confrontación pública y en cierta medida física, de las

fuerzas en lucha. Concebida de esta manera, la guerra civil abarca las insurrecciones espontáneas determinadas por causas locales, las intervenciones sanguinarias de las hordas contrarrevolucionarias, la huelga general revolucionaria, la insurrección para la toma del poder y el período de liquidación de las tentativas de sublevación contrarrevolucionaria. Todo esto entra en el marco de la noción de la guerra civil, todo es más amplio que la insurrección y de la misma manera, infinitamente más estrecho que la noción de lucha de clases que se sucede a través de toda la historia de la humanidad. Si se habla de insurrección como de una tarea a realizarse, es preciso hacerlo con pleno conocimiento y no deformándola como se hace corrientemente al confundirla con la revolución. Debemos liberar a los demás de esta confusión y comenzar por liberarnos nosotros mismos.

La insurrección plantea en todas partes y siempre una tarea precisa a realizar. Con esa finalidad repartimos los papeles, confiamos a cada uno su misión, distribuimos armas, elegimos el momento, damos golpes y tomamos el poder, si... no se nos aplasta antes. La insurrección debe ser realizada según un plan concebido con anticipación. Ella es una etapa determinada de la revolución. La toma del poder no detiene la guerra civil, no hace sino cambiar su carácter. De esta manera, es de un reglamento de la guerra civil que se trata y no solamente de un reglamento de la insurrección.

Hemos hecho ya alusión a los peligros del esquematismo. Veamos a la luz de un ejemplo en qué pueden consistir esos peligros. Yo he tenido ocasión de observar frecuentemente una de las más peligrosas manifestaciones del esquematismo en la manera como nuestros jóvenes oficiales de Estado Mayor abordan las cuestiones militares de la revolución. Si tomamos las tres etapas que hemos distinguido en la guerra civil, percibimos que el trabajo militar del partido revolucionario dirige, en cada uno de los tres períodos, un carácter particular. En el período de la preparación revolucionaria tropezamos forzosamente con las fuerzas (policía, ejército) de la clase dominante. Las nueve décimas partes del trabajo militar del Partido consisten en este momento en disgregar el ejército enemigo, dislocarlo en el interior, y una parte solamente consiste en reunir y preparar las fuerzas revolucionarias. Se entiende que las relaciones aritméticas que indico son tomadas arbitrariamente, pero dan de todas maneras una idea de lo que debe ser realmente el trabajo militar clandestino del partido revolucionario. Mientras más se aproxima el momento de la insurrección, en mayor medida se debe intensificar el trabajo para la formación de las organizaciones de combate.

Es entonces que cabe temer ciertos peligros del esquematismo. Es evidente que las formaciones de combate con la ayuda de las cuales el partido revolucionario se dispone a realizar la insurrección, no pueden tener fisonomía muy neta, con mayor razón ellas no podrían corresponder a unidades militares como la brigada, división o el cuerpo de ejército.

Esto no dispensa a los que tienen la tarea de dirigir la insurrección de poner en

ellas orden y método. Pero el plan de la insurrección no se construye sobre una dirección centralizada de las tropas de la revolución, sino, al contrario, sobre la más grande iniciativa de cada destacamento al cual se habrá asignado con anticipación, con el máximo de precisión, la tarea que le incumbe. El insurgente combate, por regla general, observando los métodos de la guerrilla, es decir, por medio de destacamentos de guerrilleros o semi-guerrilleros cimentados mucho más en la disciplina política y en la clara conciencia de la unidad del objetivo a alcanzar que en no importa qué disciplina jerárquica. Después de la toma del poder la situación se modifica completamente. La lucha de la revolución victoriosa por asegurar su defensa y su desarrollo, se transforma inmediatamente en lucha por la organización del aparato gubernamental centralizado. Les destacamentos de guerrilleros, cuya aparición en el momento de la lucha por la tema del poder es tan inevitable como necesaria, puede ser, después de la conquista del poder, una causa de graves peligros capaces de quebrantar el Estado revolucionario en formación. Es entonces que se debe proceder a la organización de un ejército rojo regular.

La determinación del momento de la insurrección está en relación directa con las medidas que venimos considerando. No es preciso decir que no se trata de designar arbitrariamente, por encima de los acontecimientos, la fecha fija e irrevocable de la insurrección. Esta sería verdaderamente una idea demasiado simplista del carácter de la revolución y de su desarrollo. Como marxista, debemos saber y comprender que no es suficiente querer la insurrección para realizarla. Cuando las condiciones objetivas la hacen posible es preciso hacerla, pues esa no se hace por sí misma. Y para ello el estado mayor revolucionario debe tener preparado el plan de la insurrección antes de desencadenarla. El plan de la insurrección dará una orientación de tiempo y de lugar. Se tendrán en cuenta de la manera más minuciosa todos los factores y elementos de la insurrección, se tendrá la visión más justa para determinar su dinamismo, para definir la distancia que la vanguardia revolucionaria deberá mantener entre ella y la clase obrera para no aislarse y, al mismo tiempo, se ejecutará el golpe decisivo. La determinación del momento de la insurrección es uno de los elementos necesarios de esta orientación. Ese momento será fijado con anticipación, desde que los preámbulos de la insurrección aparezcan claramente. Es cierto que la fecha elegida no será propalada por todas partes; por el contrario, se lo disimulará lo más posible al enemigo, sin inducir, sin embargo, a error a su propio partido y a las masas que le seguirán. El trabajo del partido en todos los dominios será subordinado a la fecha de la insurrección y todo deberá estar listo en el día fijado. Si se ha equivocado en los cálculos, el momento de la insurrección podrá ser cambiado aunque ésta sea una eventualidad que comporta siempre graves inconvenientes y muchos peligros.

Es necesario reconocer que el plazo de la insurrección es considerado como sin importancia por muchos comunistas occidentales que no siempre se han desembarazado de su manera fatalista y pasiva de abordar los principales problemas de la revolución. Rosa Luxemburgo es entre ellos todavía el tipo más expresivo y el más talentoso. Psicológicamente se la comprende sin esfuerzo. Ella

estaba formada, por así decirlo, en la lucha contra el aparato burocrático de la socialdemocracia y de los sindicatos alemanes. Incansablemente había demostrado que este aparato asfixiaba la iniciativa del proletariado. A esto ella no encontraba salvación y salida sino en un irresistible impulso de las masas que arrollará todas las barreras y defensas edificadas por la burocracia social-demócrata. La huelga general revolucionaria desbordando todos los límites de la sociedad burguesa, había devenido para Rosa Luxemburgo, sinónimo de revolución proletaria. Sin embargo, cualquiera que sea su pujanza, la huelga general no resuelve el problema del poder, no hace sino plantearlo. Para apoderarse del poder es necesario, apoyándose en la huelga general, organizar la insurrección. Toda la evolución de Rosa Luxemburgo hace pensar que ella habría terminado por admitirlo pero cuando ella fué arrancada a la lucha, no había dicho aún ni su penúltima palabra. No obstante, había aún recientemente en el partido comunista alemán una corriente muy fuerte hacia el fatalismo revolucionario. La revolución se aproxima, se decía, ella traerá la insurrección y nos dará el poder. En cuanto al partido, su papel se reduce en el momento a realizar la agitación revolucionaria y a esperar sus efectos. Dentro de tales condiciones, plantear atrevidamente la cuestión de la fecha de la insurrección, es arrancar al partido de la pasividad y el fatalismo, es ponerlo frente a los principales problemas de la revolución, particularmente la organización consciente de la insurrección para arrojar al enemigo del poder.

Es por esto que la cuestión del momento de la insurrección debe ser tratada en el reglamento de la guerra civil. Así facilitaremos la preparación del partido para la insurrección o por lo menos la preparación de sus cuadros.

Es preciso considerar que el paso más difícil que un partido comunista deberá franquear, será el paso del trabajo de preparación revolucionaria, forzosamente largo, a la lucha directa por la toma del poder. Este paso no se dará sin provocar crisis y crisis graves. El único medio de debilitar su alcance y de facilitar el agrupamiento de los elementos dirigentes más resueltos, consiste en conducir a los cuadros del partido a meditar y profundizar de modo previo las cuestiones que se desprenden de la insurrección revolucionaria y ésto, tanto más concretamente mientras más próximos estén los acontecimientos. Bajo esta relación, el estudio de la Revolución de Octubre es de una importancia única para los partidos comunistas europeos. Desgraciadamente este estudio por el momento no se hace y no se hará tan largo tiempo como no se den los medios. Nosotros mismos no hemos ni estudiado ni coordinado las enseñanzas de la Revolución de Octubre y especialmente las experiencias militares revolucionarias que se desprenden de ella. Será necesario seguir paso a paso todas las etapas de la preparación revolucionaria que va de marzo a octubre, la manera según la cual se ha desarrollado la insurrección de Octubre sobre algunos puntos los más típicos, luego la lucha por el fortalecimiento del poder.

¿A quién destinaremos el reglamento de la guerra civil? A los obreros, han respondido determinados camaradas, a fin de que cada uno de ellos sepa cómo comportarse.

Evidentemente, no habría sino que estar satisfecho de que "todo" obrero sepa lo que le toca hacer. Pero es plantear la cuestión en una escala muy amplia, y por consiguiente utópica. De todas maneras no es por este extremo que hay que comenzar. Nuestro reglamento debe ser destinado en primer lugar a los cuadros del partido, a los jefes de la revolución. Naturalmente, se vulgarizarán ciertos capítulos, determinadas cuestiones, con dirección a amplios medios obreros, pero ante todo, se dirigirá a los jefes.

Previamente debemos reunir nuestra propia experiencia y nuestras ideas, formularlas tan claramente como sea posible, sistematizarlas. Antes de la guerra imperialista ciertos escritores militares se quejaban de que las guerras hubiesen devenido demasiado raras para la buena instrucción de los oficiales. Con no menos razón se puede decir que la rareza de las revoluciones pone trabas a la educación de los revolucionarios. Bajo esta relación, nuestra generación no tiene de qué quejarse. Nosotros hemos tenido tiempo de hacer la revolución de 1905 y de vivir bastante para tomar parte dirigente en la revolución de 1917. Pero no es necesario decir que la experiencia revolucionaria cotidiana se disipa rápidamente. Y luego, cuántos nuevos problemas! No estamos menos obligados hoy día a discutir cuestiones como la fabricación de telas, la construcción de la usina eléctrica de Nolkoff y tantos otros problemas económicos, que la manera cómo se hace la insurrección, Pero, estése seguro, esta última cuestión está lejos de haber prescrito. Más de una vez la historia pedirá que se responda a ella.

¿EN QUE MOMENTO SE DEBE COMENZAR?

La catástrofe alemana de 1923 ha llevado a la Internacional Comunista a ocuparse de los métodos de organización de la revolución y, especialmente, de la insurrección revolucionaria. A este respecto, la fijación del momento de la insurrección ha adquirido una importancia de principio desde el momento que se ha demostrado que esta cuestión es el obstáculo en el cual vienen a chocar todos los problemas relativos a la organización de la revolución. La social-democracia ha adoptado, frente a la revolución, la actitud que caracteriza a la burguesía liberal en su período de lucha por el poder contra el feudalismo y la monarquía. La burguesía liberal especula sobre la revolución, pero se guarda bien de asumir su responsabilidad. En el momento propicio de la lucha, ella echa en la balanza su riqueza, su instrucción y los otros medios de influencia de su clase para tomar a manos llenas el poder. En 1918 la socialdemocracia alemana ha desempeñado un papel de este orden. En el fondo, ella constituyó el aparato político que transmitió a la burguesía, el poder disminuido de los Hohenzollem. Una tal política de especulación pasiva es absolutamente incompatible con el comunismo en tanto que éste se señale el objetivo de apoderarse del poder en nombre y en interés del proletariado.

La revolución proletaria es una revolución de masas formidables, desorganizadas en su conjunto. El ciego impulso de masas desempeña en el movimiento un papel considerable. La victoria puede ser ganada solamente por un partido comunista que se de como objetivo preciso la toma del poder, que, con un cuidado minucioso medite, forje, reúna los medios de alcanzar el objetivo perseguido y que, apoyándose en la insurrección de las masas, realice sus designios. Por su centralización, su resolución, su manera metódica de abordar la insurrección, el partido comunista aporta al proletariado en la lucha por el poder, las ventajas que la burguesía lleva en sí misma por el hecho de su posición económica. Bajo esta relación, la cuestión del momento de la insurrección no es un simple detalle técnico, ella demuestra al contrario, de la manera más neta y más precisa, en qué medida se está preparado a abordar la insurrección con todas las reglas del arte militar.

Es evidente que no se pueden basar los cálculos, cuando se trata de fijar el momento de la insurrección, sobre la experiencia puramente militar. Disponiendo de fuerzas armadas suficientes, un Estado puede, a su antojo, desencadenar la guerra. Por otra parte, durante la guerra, es el Alto Comando quien decide de la ofensiva después de haber pesado todos los datos de la situación. Pero, es también más fácil analizar una situación militar que una situación revolucionaria. El comando militar dispone de unidades combatientes organizadas cuya ligazón entre ellas ha sido cuidadosamente estudiada y combinada por anticipado, gracias a lo cual el comando tiene, por así decirlo, sus ejércitos en la mano. Es evidente que no cabría hacer lo mismo en la revolución. Las formaciones de combate no están allí separadas de las masas obreras, no pueden acentuar la violencia del choque que deben provocar sino en ligazón con el movimiento ofensivo de las masas. Entonces, incumbe al comando revolucionario captar el ritmo revolucionario del movimiento para fijar con seguridad el momento en el que debe tener lugar la ofensiva decisiva. Como se ve, la fijación de la fecha de la insurrección plantea un problema difícil. Puede suceder también que la situación sea de una claridad tal que la dirección del partido no tenga ninguna duda sobre la oportunidad de la acción. Pero si una tal apreciación de la situación se produce 24 horas antes del momento decisivo, la señal puede llegar demasiado tarde, el partido, tomado de improviso, es colocado en consecuencia en la imposibilidad de dirigir el movimiento que, en este caso, puede acabar en la derrota. De ahí la necesidad de prever, tanto como sea posible, con anticipación, la proximidad del momento decisivo, o, en otros términos, de fijar el plazo de la insurrección, basándose sobre la marcha general del movimiento y sobre el conjunto de la situación del país.

Si, por ejemplo, el plazo fijado cae dentro del término de un mes o dos, el Comité Central o la dirección del Partido aprovecha de esta dilación para preparar al Partido iniciándole en todas las cuestiones que se plantean, por medio de una propaganda creciente, de una preparación y de una organización apropiadas, y de una elección cuidadosa de los elementos más combativos para la ejecución de misiones determinadas. No es necesario decir que un término fijado con un mes, dos meses y con mayor razón tres o cuatro meses de anticipación, no tendría que ser

irrevocable, pero la táctica debe consistir en verificar a todo lo largo de la dilación fijada, si la elección del momento ha sido justa. Veamos un ejemplo: los postulados políticos indispensables al éxito de la insurrección reciden en el quebrantamiento de la máquina gubernamental y en el apoyo que da a la vanguardia revolucionaria la mayoría de los trabajadores de los principales centros y regiones del país.

Admitamos que las cosas no hayan llegado aún a ese punto, pero que están próximas a ello. Las fuerzas del partido revolucionario crecen rápidamente, pero le es difícil comprobar si tiene detrás de sí una mayoría suficiente de trabajadores. Entre tanto, agravándose paulatinamente la situación, la cuestión de la insurrección se plantea prácticamente. ¿Qué debe hacer la dirección del Partido? Puede, por ejemplo, razonar de la manera siguiente:

1- Desde el momento que en el curso de las últimas semanas la influencia del Partido ha crecido rápidamente, está permitido creer que en tal o cual de los principales centros del país, la mayoría de los obreros está en camino de seguirnos. En estas condiciones, concentremos sobre estos puntos decisivos las mejores fuerzas del partido y calculemos que nos será necesario más o menos un mes para ganar la mayoría.

2- Desde el momento en que la mayor parte de los principales centros del país están con nosotros, podemos llamar a los trabajadores a constituir soviets de diputados obreros, a condición naturalmente de que prosiga la desorganización del aparato gubernamental. Calculemos que la constitución de los soviets en los principales centros y regiones del país exige todavía dos semanas.

3- Desde el momento en que en las principales aglomeraciones y regiones del país los soviets están en camino de organización bajo la dirección del partido, se concluye naturalmente que la convocatoria de un congreso nacional de los soviets se impone. Pero, antes de que él se efectúe, pueden transcurrir tres o cuatro semanas. Luego, es evidente que en una situación semejante el Congreso de los soviets no puede, a menos de exponerse a la represión, más que consagrar la toma del poder. Además, el poder de hecho debe estar en manos del proletariado en el momento de la reunión del Congreso. Así, dos meses y medio son el plazo que se señalará para preparar la insurrección. Este lapso que se deduce del análisis general que se habrá hecho de la situación política y de su desarrollo ulterior, define el carácter y los medios que se deben dar al trabajo militar revolucionario para la desorganización del ejército burgués, de la ocupación de las redes ferroviarias, de la formación y armamentos de destacamentos de obreros, y así sucesivamente. Nosotros asignamos al comandante clandestino de la ciudad la misión de realizar una tarea bien definida: toma de tal o cual medida durante las cuatro primeras semanas, cumplimiento de cada disposición e intensificación de los preparativos en el curso de las dos semanas siguientes, de tal suerte que, en los quince días subsiguientes, todo esté presto para la acción. De esta manera, por la realización de tareas de carácter limitado pero netamente definido, el trabajo militar revolucionario

es ejecutado en los límites del plazo fijado. Así se evitará caer en el desorden y la pasividad que pueden ser fatales y se obtendrá, por el contrario, la fusión necesaria de los esfuerzos, de la misma manera que una mayor resolución en todos los jefes del movimiento. En el mismo momento, el trabajo político debe ser impulsado a fondo. La revolución sigue su curso lógico. Un mes después estamos ya en condiciones de verificar si el partido ha logrado realmente ganar la mayoría de los obreros en los principales centros industriales del país. Esta verificación puede ser hecha por medio de un referendun cualquiera, por una acción de los sindicatos, por manifestaciones callejeras o por una combinación de todos estos medios.

Si adquirimos la certidumbre de que la primera etapa que nos hemos trazado ha sido franqueada como lo habíamos previsto, el término fijado para la insurrección ha sido singularmente reforzado. Por el contrario, si se evidencia que cualquiera que sea el crecimiento de nuestra influencia en el curso del mes transcurrido, no tenemos la mayoría de los obreros detrás de nosotros, es prudente diferir el momento de la insurrección. Al mismo tiempo, tendremos muchas ocasiones de verificar hasta qué punto la clase dirigente ha perdido la cabeza, hasta qué grado el ejército está desmoralizado y el aparato de represión debilitado. Por medio de estas comprobaciones se conocerá la naturaleza de las dilaciones que habrán podido producirse en nuestro trabajo clandestino de preparación revolucionaria. La organización de los soviets será en consecuencia un medio eventual de verificar las relaciones de fuerzas y por tanto de establecer si las condiciones son propicias al desencadenamiento de la insurrección. Evidentemente no será siempre posible, en todo tiempo y en todo lugar constituir los soviets antes de la insurrección. Es preciso aun admitir que los soviets no puedan ser organizados sino en el curso de la insurrección. Pero, por todas partes donde, bajo la dirección del partido comunista, se tenga la posibilidad de organizarlos antes del derrocamiento del regimen burgués, ellos aparecerán como el preludio de la insurrección próxima. Y el término será más fácil de determinar.

El Comité Central del Partido verificará el trabajo de organización militar, se dará cuenta de los resultados obtenidos en cada rama y en la medida en que la situación política lo exija, dará a este trabajo, el impulso necesario. Es necesario admitir que basándose la organización militar no en el análisis general de la situación y en la relación de las fuerzas en pugna, sino en la apreciación de los resultados obtenidos en el dominio de su acción preparatoria, se considerará siempre como insuficientemente preparada. Pero, lo que decide en estos momentos es la apreciación que se hace de la situación y de la relación de las fuerzas respectivas, particularmente de las tropas de choque del enemigo y de las nuestras. De esta manera, un término fijado des, tres o cuatro meses antes, podrá tener un efecto sin igual sobre la organización de la insurrección, aún en caso ser forzado después anticiparla o retardarla en algunos días.

Es evidente que el ejemplo que precede es puramente hipotético, pero es una excelente ilustración de la idea que se debe formar de la preparación de la insurrección.

No se trata de jugar ciegamente con datos, sino de determinar el momento de la insurrección basándonos en la marcha misma de los acontecimientos, de verificar su justeza en el curso de las etapas sucesivas del movimiento y de fijar el término al cual todo el trabajo de preparación revolucionario deberá estar subordinado.

Repito que bajo esta relación se deben estudiar de la manera más atenta las enseñanzas de la Revolución de Octubre, de la única revolución que hasta aquí el proletariado ha realizado victoriosamente. Es necesario componer, desde el punto de vista estratégico y táctico, un calendario de Octubre. Es necesario exponer cómo los acontecimientos se han desarrollado ola tras ola, cuáles han sido sus repercusiones en el partido, en los soviets, en el seno del Comité Central y en la organización militar del partido. ¿Cuál fué el sentido de las vacilaciones que se produjeron en el partido? ¿Qué peso tuvieron sobre el conjunto de los acontecimientos? ¿Cuál fué el papel de la organización militar? He aquí un trabajo de importancia inapreciable. Dejarlo para más tarde sería cometer una falta imperdonable.

LA CALMA ANTES DE LA TEMPESTAD

Se trata de una cuestión de valor considerable para la inteligencia del desarrollo de la guerra civil, que, de una manera o de otra, deberá ser tratada en nuestro futuro reglamento. Aquel que se haya mantenido al corriente de las discusiones que han seguido a los acontecimientos de Alemania de 1923, ha notado seguramente la explicación que se ha dado a la derrota. "La principal causa de la derrota -se ha dicho- es que en el momento decisivo el proletariado alemán careció totalmente de espíritu combativo; las masas no quisieron combatir, la mejor prueba es que no reaccionaron de ninguna manera ante la ofensiva fascista; luego, ante la actitud de las masas, ¿qué podía hacer el partido?..." Tal ha sido el "leit motiv" de nuestros camaradas Brandler, Talheimer y otros. A primera vista el argumento parece irrefutable. Sin embargo, el "momento decisivo" de 1923 no se ha formado de un día a otro. Era el resultado de todo el período precedente de luchas cuya violencia, fué agravándose constantemente. El año 1923 está marcado de uno a otro extremo por las batallas que el proletariado alemán debió sostener. Luego, ¿cómo es posible que la víspera de su Octubre la clase obrera alemana haya perdido repentinamente toda su combatividad? No se explica. Pero no se puede dejar de preguntar si es exacto que los obreros alemanes no han querido batirse. Esta cuestión nos lleva a nuestra propia experiencia de Octubre. Si se releen los diarios, aunque sólo fuesen los de nuestro partido, del período que precedió a la Revolución de Octubre, vemos a los camaradas que combatían la idea de la insurrección, argüir precisamente la poca decisión de las masas obreras rusas por la batalla. Hoy día esto puede parecer apenas creíble, sin embargo tal era el principal argumento que ellos invocaban. Así, nos encontrábamos en una situación análoga: durante todo el año 1917 el proletariado ruso había estado sobre la brecha, sin embargo, cuando la cuestión de

la toma del poder sé planteó, se elevaron voces para afirmar que las masas obreras no querían batirse.. Y, efectivamente, en la víspera de Octubre, el movimiento había declinado en alguna medida. ¿Es éste un efecto del azar? ¿O más bien se debe ver ahí una cierta "ley histórica"? A mi parecer no es dudoso que un fenómeno de este género debe de tener determinadas causas generales. En la naturaleza este fenómeno se llama: la calma antes de la tempestad. Estoy muy próximo a creer que en el momento de la revolución este fenómeno no tiene otro sentido. En el curso de un período dado la combatividad del proletariado se acrecienta, toma las formas más diversas: huelgas, manifestaciones, colisiones con la policía. En este momento las masas comienzan a tomar conciencia de su fuerza. La creciente amplitud del movimiento es suficiente para darles una satisfacción política. Toda manifestación nueva, todo éxito en el dominio político y económico aumenta su entusiasmo. Pero este período se agota rápidamente. La experiencia de las masas crece al mismo tiempo que su organización se desarrolla. En el campo opuesto, el enemigo muestra también que no está dispuesto a ceder la plaza sin combate. Resulta de ello que el estado de espíritu revolucionario de las masas se hace más crítico, más profundo, más angustioso. Las masas buscan, sobre todo si han comprobado errores y sufrido reveses, una dirección segura, quieren tener la certidumbre de que habrá batalla, y que serán bien conducidas, y que en la batalla decisiva pueden dar por descontada la victoria. Luego, es este tránsito del optimismo casi ciego a una conciencia más clara de las dificultades a vencer que engendra esta etapa de suspenso revolucionario, que corresponde en cierta medida a una crisis en el estado de espíritu de las masas. A condición de que el resto de la situación coadyuve para ello, esta crisis no puede ser disipada sino por el partido político y sobre todo por la impresión que él da de estar verdaderamente decidido a tomar la dirección de la insurrección. Entre tanto, la grandeza histórica del objetivo a alcanzar (que depende de la toma del poder) suscita inevitables vacilaciones hasta en el Partido, especialmente en sus medios dirigentes sobre los cuales se concentrará de inmediato la responsabilidad del movimiento. Así, recogimiento de las masas antes de la batalla y vacilación de los jefes, son dos fenómenos que, aunque muy lejos de ser equivalentes, no dejan de ser simultáneos. Es por esto que se escucha decir que las masas no buscan la batalla, que su disposición es más bien por el contrario pasiva y que en estas condiciones es ir a una aventura impulsarlas a la insurrección. Es claro que cuando un estado de espíritu semejante toma ventaja, la revolución no puede sino ser vencida. Y después de la derrota, provocada por el partido mismo, nada impide contar a todos que la insurrección era imposible por la razón de que las masas no la querían. Esta cuestión debe ser examinada a fondo. Con el apoyo de la experiencia adquirida es necesario aprender a captar el momentó en que el proletariado se dice a si mismo: "No hay más que esperar de las huelgas, de las manifestaciones y de otras protestas. Se trata ahora de combatir. Estoy listo a ello porque no hay otra salida a la situación, pero puesto que se trata de batalla, es preciso librarla con la suma de todas nuestras fuerzas y bajo una dirección segura..." En este momento la situación alcanza una gravedad extrema. El desequilibrio es completo: una bola en la cima de un cono. El menor choque puede hacerla caer de un costado o de otro. En Rusia, gracias a la firmeza y a la resolución de la dirección del Partido, la bola

ha seguido la línea que llevaba a la victoria. En Alemania, la política del partido ha arrojado la bola en sentido de la derrota.

LA POLITICA Y LA ACCION MILITAR

¿Qué carácter, un carácter político o un carácter militar, daremos a nuestra obra? La haremos partir del punto en el que la política deviene una cuestión de acción militar y bajo este ángulo considerar la política. A primera vista, ésta puede parecer una contradicción, pues no es la política la que está al servicio de la insurrección, sino la insurrección la que está al servicio de la política. En realidad, nada aquí se contradice. La insurrección en su conjunto sirve evidentemente los objetivos principales de la política proletaria. Unicamente, cuando la insurrección está desencadenada, es la política del momento que, toda entera, debe serle subordinada.

El tránsito de la política a la acción militar y la conjunción de estas dos alternativas crean generalmente grandes dificultades. Sabemos todos que el punto de unión es siempre el más débil. Nos hemos, en cierta medida, dado cuenta aquí mismo. Un camarada ha demostrado, por un método inverso, cuán difícil es combinar la política con la acción militar. Otro camarada ha venido luego a agravar el error de su predecesor. Si se cree al primero de estos camaradas, Lenin habría discutido en 1918 la importancia del ejército rojo bajo el pretexto de que de la lucha que libraban los dos imperialismos, dependía nuestra salvación. Según el segundo habríamos jugado "el papel del tercer ladrón". Pero jamás Lenin ha tenido ni ha pedido tener este lenguaje. Es cierto que si hubiésemos tenido que vernos en el momento de la revolución de Octubre con una Alemania victoriosa y la paz hubiera sido firmada, Alemania no hubiera dejado de aplastarnos aun cuando hubiésemos dispuesto de un ejército de tres millones de hombres, pues ni en 1918, ni en 1919, habríamos podido encontrar fuerzas capaces de medirse con los ejércitos alemanes triunfantes. En estas condiciones la lucha entre los dos campos imperialistas fue nuestra principal línea de protección. Pero en los cuadros de esta lucha habríamos podido encontrar la muerte cien veces, si en 1918 no hubiésemos tenido nuestro embrión de ejército rojo. ¿Es porque Inglaterra y Francia paralizaban a Alemania que el problema de Kazan ha sido resuelto? Si nuestros soldados rojos no hubiesen defendido Kazan, si ellos hubieran abierto la ruta de Moscú a los mercenarios del ejército blanco, se nos habría cortado la garganta y habrían tenido razón.

En ese momento habríamos hecho buena figura de "tercer ladrón" con... la garganta cortada. Cuando Lenin decía: "Militantes que trabajáis en el ejército, no exageréis vuestra importancia; vosotros representáis un factor dentro de la complejidad de las fuerzas, pero no sois ni nuestra única, ni aún nuestra principal fuerza; en realidad nos mantenemos gracias a la guerra europea, que paraliza a los dos imperialismos rivales", se colocaba en el punto de vista político. Pero de esto no se concluye

que él discutía “la importancia del ejército rojo”. Si aplicamos este método de razonamiento a los problemas internos de la revolución, llegamos a conclusiones muy curiosas. Tomemos particularmente la cuestión de la organización de formaciones de combate. Un partido comunista cuya existencia es más o menos ilegal encarga a su organización militar clandestina formar centurias. ¿Qué representan en el fondo algunas decenas de centurias así constituidas con relación al problema de la toma del poder? Si uno se coloca en un punto de vista social, histórico, la cuestión del poder se decide por la composición de la sociedad, por el papel del proletariado en la producción, por la madurez política, por el grado de desorganización del Estado burgués y así sucesivamente. En realidad, todos estos factores no actúan sino en último lugar, mientras que el resultado de la lucha puede depender directamente de la existencia de estas algunas decenas de centurias. Las condiciones sociales y políticas favorables a la toma del poder son una oportunidad previa del éxito, pero ellas no garantizan automáticamente la victoria, ellas permiten ir hasta el punto en el que la política cede el paso a la insurrección.

Todavía una vez más la guerra civil no es sino la continuación violenta de la lucha de clases. En cuanto a la insurrección ella es la continuación de la política por otros medios. Es por esto que no se la puede comprender sino bajo el ángulo de sus medios. No es posible medir la política con la medida de la guerra, como no es posible medir la guerra con la medida única de la política, aunque no fuera, sino bajo la relación de tiempo. Es esta una cuestión especial que ha de ser seriamente tratada en nuestro futuro reglamento de la guerra civil. En el período de insurrección medimos el tiempo por horas y por días. No en vano se dice que en tiempo de guerra un mes, algunas veces aun una sola jornada, cuenta por un año. En abril de 1917, Lenin decía: “Pacientemente, infatigablemente, explicad a los obreros...” y al finalizar octubre no quedaba ya tiempo para dar explicaciones a quien no había comprendido todavía, era preciso pasar a la ofensiva a la cabeza de quienes habían comprendido. En octubre la pérdida de una sola jornada, hubiera podido reducir a nada todo el trabajo de muchos meses, aun de años de preparación revolucionaria.

Recuerdo un tema de maniobra que habíamos dado hace algún tiempo en nuestra Academia militar. Se trataba de decidir si debíamos evacuar en seguida la región de Biélostok, que su posición hacía imposible de defender, o mantenernos allí en la esperanza de que Biélostok, centro obrero, se rebelase. Es claro que no se puede resolver seriamente una cuestión de este género sino sobre la base de datos precisos y reales. La maniobra militar no dispone de estos datos puesto que todo en ella” es convencional. Pero en principio, la controversia se refería a dos medidas de tiempo relativas la una a la guerra, la otra a la política revolucionaria. Luego, ¿cual es la medida que en condiciones iguales le conviene a la guerra? La de la guerra. En otros términos, era dudoso que Biélostok se sublevase en el espacio de algunos días y aún admitiendo que la sublevación esperada tuviese lugar, restaba saber lo que haría el proletariado insurgente sin armas y sin preparación militar, mientras que era muy posible que en dos o tres días, dos o tres divisiones fuesen diezmadas

permaneciendo en posiciones indefendibles en la espera de una insurrección que, aún en el caso en que se produjera, podría muy bien no modificar realmente la situación militar. Brest-Litowsk nos da un ejemplo clásico de una justa aplicación de las medidas de tiempo político y militar. Se sabe que la mayoría del Comité Central del Partido Comunista ruso, y yo dentro de ese número, había tomado la decisión contra la minoría, a la cabeza de la cual se encontraba el camarada Lenin, de no concluir la paz, aunque corriésemos el riesgo de ver a los alemanes pasar a la ofensiva. ¿Cuál era el sentido de esta decisión? Algunos camaradas esperaban utópicamente una guerra revolucionaria. Otros, entre los que me encontraba, juzgaban necesario tantear al obrero alemán a fin de saber si se opondría al Kaiser en caso de que éste último atacase a la revolución. ¿En qué consistía el error que cometíamos? En el riesgo excesivo que se corría. Para sacudir de su apatía a los obreros alemanes habrían sido necesarias semanas, quizá meses, mientras que en ese momento los ejércitos alemanes no tenían necesidad sino de algunos días para avanzar hasta Dwinsk, Minsk y Moscú. La medida de la política revolucionaria es larga, mientras que la medida de la guerra es corta. Quien no se compenetre de esta verdad después de haber previamente estudiado, meditado, profundizado la experiencia pasada, corre el riesgo, -del punto de vista de la conjunción de la política revolucionaria y de la acción militar, es decir de lo que nos confiere el máximo de superioridad sobre el enemigo-, de cometer falta sobre falta.

NECESIDAD DE PLANTEAR LOS PROBLEMAS DE LA GUERRA CIVIL CON EL MAXIMO DE CLARIDAD

Un camarada nos ha retrotraído a la cuestión de saber qué género de reglamento hemos de forjar; reglamento de la insurrección o reglamento de la guerra civil. No debemos, nos ha dicho este camarada, apuntar demasiado lejos, porque de lo contrario nuestra tarea no hará, de una manera general, sino coincidir con las tareas de la Internacional Comunista. Nada menos cierto. Y el que tiene este lenguaje demuestra que confunde la guerra civil, en la acepción propia de este término, con la lucha de clases. Si tomamos la Alemania como tema de estudio, podemos por ejemplo comenzar con provecho por examinar los acontecimientos de marzo de 1921. Luego viene el largo período de reagrupamiento de fuerzas, bajo las consignas de frente único. Es evidente que ningún reglamento de guerra civil conviene a este período. A partir de enero de 1923 y la ocupación del Ruhr, aparece de nuevo una situación revolucionaria que se agrava bruscamente en junio de 1923, cuando se quebranta la política de resistencia pasiva practicada por la burguesía alemana y se quiebra por todas partes el aparato del estado burgués. Es este período el que debemos estudiar minuciosamente, porque él nos da de un lado un ejemplo clásico de la manera cómo se desarrolla y madura una situación revolucionaria, y, de otro, un ejemplo no menos clásico de una revolución perdida.

En 1923, Alemania tuvo su guerra civil, pero la insurrección que debía coronarla y resolverla no llegó. El resultado fué una situación revolucionaria, verdaderamente excepcional, irremediablemente comprometida y una burguesía quebrantada, afirmada nuevamente en el poder. ¿Por qué? Porque en el momento propicio la política no fue continuada por los medios insurreccionales que se imponían lógicamente. Es evidente que la reafirmación del régimen burgués que siguió en Alemania al aborto de la revolución proletaria tiene una estabilidad muy dudosa. Podemos estar seguros de que tendremos aún en Alemania, a plazo más o menos largo, una nueva situación revolucionaria. Pero es claro que el mes de agosto de 1924 fue bien diferente al mes de agosto de 1923. Y si cerramos los ojos sobre la experiencia que se desprende de estos acontecimientos, si no la aprovechamos para instruimos, si vamos pasivamente al encuentro de faltas como las que han sido cometidas, podemos esperar ver repetirse la catástrofe alemana de 1923, y el peligro que de ello resultaría para el movimiento obrero sería inmenso.

Es por esto que, en este dominio menos que en cualquier otro, no podemos tolerar la deformación de las nociones esenciales. Hemos visto a camaradas ensayar objeciones de un escepticismo incoherente con relación al momento de la insurrección. Estos camaradas no hacen sino demostrar así que no saben plantear como marxistas la cuestión de la insurrección en el plano del arte militar. En apoyo de su tesis invocan como argumento que, en el embrollo de una situación extremadamente compleja y variable, es imposible ligarse anticipadamente por una decisión previa. Pero si se tuviera que tener en cuenta estos lugares comunes, sería necesario renunciar desde luego a los planes y a las fechas de operaciones militares, pues en la guerra, sucede que la situación cambia brusca e inesperadamente. Un plan de operaciones militares no se realiza jamás en la proporción del 100 por ciento, es preciso aún considerarse feliz si, en el curso de su ejecución, se realiza en la proporción del 25 por ciento. Pero el jefe militar que se apoyara en esto para negar de una manera general la utilidad de un plan d° campaña, merecería simplemente que se le pusiera la camisa de fuerza. En todos los casos, yo recomiendo tener este método como el más justo y lógico: formulemos primero las reglas generales de nuestro reglamento de la guerra civil y veamos en seguida lo que se puede suprimir o conservar. Pero si comenzamos por las supresiones, las reservas, las desviaciones, las dudas, las vacilaciones, no llegaremos jamás a ninguna conclusión.

Un camarada ha discutido la advertencia que yo había hecho con relación a la evolución de la organización militar del partido en el período de preparación revolucionaria durante la insurrección y después de la toma del poder. Según este camarada la existencia de destacamentos de guerrilleros no debería ser tolerada, únicamente serían necesarias formaciones militares regulares. Los destacamentos de guerrilleros, nos dijo, son organizaciones caóticas... Escuchando estas proposiciones yo estaba pronto a desesperar. En efecto ¿cuál la razón de esta detestable arrogancia doctrinal? Si los destacamentos de guerrilleros son organizaciones caóticas es preciso entonces reconocer que, desde este punto

de vista puramente formal, la revolución es también un caos. Pero, en el primer período de la revolución se tiene forzosamente que buscar apoyo exclusivo en destacamentos de este género. Se nos objeta que estos destacamentos deben estar constituidos sobre el mismo tipo. Si se quiere decir con ello que, en la guerra de guerrilleros, no se debe descuidar ninguno de los elementos de orden y de método accesibles a este género de guerra, estamos completamente de acuerdo. Pero, si soñáis una organización militar jerarquizada, centralizada y constituida antes de que la insurrección haya tenido lugar, ésta es una utopía que, en el caso en el que se quisiera darle cuerpo, correría el riesgo de ser fatal. Si, con la ayuda de una organización militar clandestina, he de apoderarme de una ciudad (objetivo parcial del conjunto de un plan para la toma del poder en el país), reparto mi tarea en objetivos particulares (ocupación de los edificios gubernamentales, estaciones, correos, telégrafo, imprentas) y confío la ejecución de cada una de estas misiones a los jefes de pequeños destacamentos iniciados anticipadamente acerca de los objetivos que les son asignados. Cada destacamento no debe contar sino consigo mismo; debe poseer su propia administración, pues podría suceder que después de haberse apoderado de la casa de correos, por ejemplo, se careciese totalmente de víveres. Toda tentativa de centralizar y jerarquizar estos destacamentos llevaría ineluctablemente a la burocratización que, en tiempo de guerra, es doblemente temible: 1- porque ella haría creer falsamente a los jefes de destacamentos que alguien debe forzosamente dirigirlos, mientras que por el contrario, es necesario inculcarles la seguridad de que disponen de la más amplia libertad de movimiento y de la más grande iniciativa; 2- porque la burocratización, unida al sistema jerárquico, arrebataría a los destacamentos sus mejores elementos para las necesidades de toda índole de los estados mayores. Desde el primer momento de la insurrección, estos estados mayores quedarían suspendidos entre cielo y tierra, mientras que los destacamentos, en la espera de órdenes superiores, se verían condenados a la inacción y a pérdidas de tiempo que harían cierto el fracaso de la insurrección. Tales son las razones por las cuales el desdén de los militares profesionales por las organizaciones "caóticas" de guerrilleros debe ser condenado como un prejuicio antirrealista, anticientífico y antimarxista.

Igualmente, después de la toma del poder en los principales centros del país, los destacamentos de guerrilleros pueden desempeñar en campo descubierto un papel extremadamente eficaz. Es suficiente recordar el apoyo que los destacamentos de guerrilleros llevaron al ejército rojo y a la Revolución operando a la espalda de las tropas alemanas en Ucrania y detrás de las tropas de Koltehak en Siberia. Sin embargo, queda definitivamente establecido como regla, que el poder revolucionario pone inmediatamente manos a la obra para incorporar a los mejores destacamentos de guerrilleros y sus elementos más seguros en el sistema de una organización militar regular. De otra manera, estos destacamentos de campesinos llegarían a ser indudablemente, factores de desorden susceptibles de degenerar en bandas armadas al servicio de los elementos pequeño-burgueses anarquizantes insurgidos contra el Estado proletario. No tenemos malos ejemplos. Es verdad que, entre los guerrilleros rebeldes a la organización militar regular, han habido también héroes.

Se han citado los nombres de Siverss y Kikvidsé. Podría nombrar muchos otros. Siverss y Kikvidsé combatieron y murieron heroicamente. Y hoy día, a la luz de sus inmensos méritos en servicio de la Revolución, palidecen al punto de desaparecer, tales o cuales aspectos negativos de su acción de guerrilleros. Pero, en ese momento, era indispensable combatir todo cuanto había en ellos de negativo. A ese precio solamente podíamos llegar a organizar el ejército rojo y llevarlo a ganar victorias decisivas.

Todavía una vez más, pongo en guardia contra una confusión de terminología, porque, a menudo, ella disimula una confusión de nociones. Igualmente, pongo en guardia contra los errores que se pueden cometer rehusando plantear la cuestión de la insurrección de una manera clara y valiente, bajo pretexto de que la situación varía y se modifica continuamente. Exteriormente, esto recuerda extrañamente la dialéctica; de todas maneras se la toma de buena gana por tal. Pero en realidad no es así. El pensamiento dialéctico es como un resorte, y los resortes están hechos de acero templado. Las dudas y las reservas no deciden ni enseñan absolutamente nada. Cuando la idea esencial es luminosamente puesta en relieve, las reservas y las restricciones pueden ponerse lógicamente alrededor de ella. Si se tienen en cuenta únicamente las reservas, el resultado en la teoría será la confusión y en la práctica el caos. Pero, confusión y caos no tienen nada de común con la dialéctica. En realidad, una pseudo-dialéctica de este género oculta a menudo sentimientos social-demócratas o estúpidos frente a la revolución, como frente a una cosa que se realiza alrededor de nosotros. En estas condiciones, no puede ser discutible concebir la insurrección como un arte. Y, por este motivo, es precisamente la teoría de este arte, lo que queremos estudiar.

Todas las cuestiones que hemos planteado deben ser meditadas, trabajadas, formuladas. Deben devenir parte integrante de nuestra instrucción y educación militar. La relación de estas cuestiones con los problemas de la defensa de la República de los Soviets es indiscutible. Nuestros enemigos continúan especulando con los argumentos de que el ejército rojo pretendía tener por tarea provocar artificialmente movimientos revolucionarios en los otros países, a fin de hacerlos triunfar por la fuerza de sus bayonetas. Inútil decir que esta caricatura no tiene nada de común con la política que perseguimos. Estamos, por encima de todo interés, por el mantenimiento de la paz, lo hemos probado con nuestra actitud, por las concesiones que hemos hecho en los tratados y por la reducción progresiva de los efectivos de nuestro ejército. Pero estamos suficientemente imbuidos de realismo revolucionario para darnos cuenta claramente de que nuestros enemigos tratarán todavía de probar nuestras fuerzas con sus armas. Y si estamos lejos de la idea de forzar, por medidas militares artificiales, el desarrollo de la Revolución, estamos seguros en cambio, que la guerra de los estados capitalistas contra la Unión Soviética será seguida de violentas conmociones sociales, premisas de la guerra civil, en los países de nuestros enemigos.

Debemos saber combinar la guerra defensiva que será impuesta a nuestro ejército rojo con la guerra civil en el campo enemigo. Con esa finalidad, el reglamento de la guerra civil debe llegar a ser uno de los elementos necesarios de un tipo superior de manual militar revolucionario.

LAS CONDICIONES DE LA VICTORIA

Cuando el general Franco inició su levantamiento contra la República española, en Julio de 1936, se dio comienzo también a una nueva experiencia de Frente popular. Este Frente Popular estaba encabezado por los partidos de la izquierda republicana, y era respaldado por los Socialistas, los Comunistas y aun por los dirigentes Anarquistas. Poco después del comienzo de la Guerra Civil en España, Trotsky escribió que para aplastar a los fascistas los trabajadores deberían lanzar seria y vigorosamente el programa de la revolución socialista. "Es necesario proclamar que, desde ahora en adelante, la tierra, las industrias y el comercio han de pasar de manos de los capitalistas a manos del pueblo". Tanto los ministros burgueses como el subsecuente gobierno del socialista Francisco Largo Caballero siguieron un curso diferente. Rehusaron darle la tierra a los campesinos, la libertad a los marroquíes, el poder a los trabajadores. En vez de esto, insistieron en la defensa de la democracia, no en la realización de objetivos socialistas, y dijeron que esa defensa era el único propósito en la guerra civil. "La victoria primero, las reformas después" fue el lema majadero que pretendió substituir a una estrategia proletaria en España. En "Lecciones de España", escrito en diciembre de 1937, Trotsky formuló las condiciones de la victoria en España.

En este documento, el fundador del Ejército Rojo insiste en la absoluta unidad existente entre la política revolucionaria y la estrategia.

GUERRA CIVIL, CONDICIONES PARA LA VICTORIA

de "Lecciones de España".

1- Los combatientes de un ejército revolucionario deben estar plenamente conscientes de que luchan por su completa liberación social y no por el restablecimiento de viejas formas "democráticas" de explotación.

2- Los obreros y campesinos en la retaguardia del ejército revolucionario y en la retaguardia del enemigo, deben comprender la misma cosa.

3- La propaganda tanto en el propio frente como en el frente del adversario y detrás de las líneas de ambos ejércitos, debe estar completamente amalgamada

con el espíritu de la revolución social. El slogan: "primero la victoria, después las reformas", -slogan del Frente Popular-, es el slogan de todos los opresores y explotadores comenzando con los reyes bíblicos y terminando con Stalin.

4- Las capas sociales que participan en la lucha, determinan la política. Las masas revolucionarias deben tener una maquinaria gubernamental que directamente e inmediatamente exprese su voluntad. Tal maquinaria solamente puede ser el Consejo de Obreros, Soldados y Campesinos.

5- El ejército revolucionario no solamente anuncia sino que puede realizar inmediatamente medidas de revolución social en las provincias ganadas por él: expropiará los stocks de provisiones, los artículos manufacturados, y otros bienes, y los transferirá a los necesitados; redistribuirá los alojamientos según el interés de los trabajadores, y especialmente de las familias de los combatientes; expropiará la tierra y el inventario de los terratenientes en beneficio de los campesinos; y establecerá el control obrero y el poder de los consejos en lugar de la antigua burocracia.

6- Los enemigos de la revolución socialista, los elementos explotadores y sus agentes, aun cuando se cubran con las máscaras de "demócratas", "republicanos", "socialistas", y "anarquistas", deben ser arrojados sin piedad fuera del ejército.

7- A la cabeza de cada unidad militar habrá un comisario poseedor de irreprochable autoridad como revolucionario y luchador.

8- En cada unidad militar habrá un núcleo de acero de combatientes con espíritu de sacrificio, recomendados por sus organizaciones obreras. Los miembros de estos grupos tendrán un solo privilegio; ser los primeros bajo el fuego.

9- Los cuerpos de comando por necesidad incluirán al comienzo muchos elementos ajenos y difíciles. La verificación y selección se realizará atendiendo a su experiencia militar, la recomendación de los comisarios y el testimonio de los combatientes de base. Simultáneamente los hombres de las filas obreras revolucionarias serán entrenados intensivamente para los puestos de comando.

10- La estrategia de la guerra civil unirá las reglas del arte militar con las tareas de la revolución social. No sólo en la propaganda, también en las operaciones militares, debe tomarse en cuenta la composición social de las unidades militares del enemigo (los voluntarios burgueses, los campesinos movilizados, o en el caso de Franco, los esclavos coloniales) y elegir una línea operativa que tome en consideración la estructura social de las regiones correspondientes (regiones industriales; regiones campesinas, revolucionarias o reaccionarias; regiones de nacionalidades oprimidas, etc). En resumen: la política revolucionaria domina la estrategia.

11- obreros y de los campesinos, será capaz de ganarse la total confianza del

ejército y de la población trabajadora.

12- La política exterior tendrá como principal objetivo despertar la conciencia revolucionaria de los obreros, los campesinos explotados de las naciones oprimidas de todo el mundo.

* * *

Como se ve, las condiciones de la victoria son simples. Puede agregarse que se las llama "revolución socialista". No existe en España ninguna de esas condiciones. La razón básica es que no hay allí un partido revolucionario. Es verdad que Stalin trata de trasplantar al suelo español formas externas de bolchevismo: los comisarios del Politburó, núcleo GPU, etc. Pero separa de estas formas su contenido social. El renunció al programa bolchevique, y con él a los soviets, única forma necesaria para dar iniciativa revolucionaria a las masas. El puso la técnica del bolchevismo al servicio de la propiedad burguesa. En su estrechez mental de burócrata, imaginó que los "comisarios" por sí mismos garantizaban la victoria. Pero los comisarios de la propiedad privada se muestran sólo capaces de garantizar la derrota.

El proletariado español despliega capacidades militares de primera clase. Considerado su peso específico en la economía del país, su nivel político y cultural, se ha levantado desde el primer día de la revolución no más bajo sino más arriba que el proletariado ruso de comienzos de 1917. En el camino de su victoria, sus propias organizaciones se levantaron como obstáculos principales. La pandilla stalinista en el mando, de acuerdo con su función contrarrevolucionaria, encuentra su consistencia en agentes carreristas, elementos desclasados, y, en general, en toda suerte de detritus sociales. Los representantes de otras organizaciones obreras -(reformistas declarados, fraseólogos anarquistas, centristas sin remedio del POUM)- gruñeron, vacilaron, maniobraron, pero al final se adaptaron a los stalinistas. Como un resultado de su esfuerzo acumulado, el campo de la revolución social -los obreros y los campesinos- quedaron subordinados a la burguesía, más correctamente, a su sombra, desprovista de individualidad, espíritu, vida. No hubo falta de heroísmo por parte de las masas y valor por parte de revolucionarios individuales. Pero las masas quedaron abandonadas a sí mismas y los revolucionarios permanecieron desunidos, sin programa, sin plan de acción. Los comandantes "republicanos" se ocuparon más en aplastar la revolución social que en ganar victoria militares. Los soldados perdieron confianza en sus comandantes, las masas... en el gobierno; los campesinos se pusieron al margen, los obreros se sintieron cansados, una derrota siguió a otra, creció la desmoralización. Todo esto no era difícil de prever desde el comienzo de la guerra civil. Al tomar como su tarea el rescate del régimen capitalista, el Frente Popular se condenó a la derrota militar. Al dar vuelta al bolchevismo patas arriba, Stalin con pleno éxito realizaba su papel de sepulturero de la revolución...